

# Navidad en letras

## Antología

FENALEM



Antología

FENALEM

Navidad en letras

Diciembre, 2023

Antología digital de descarga gratuita  
PROHIBIDA SU VENTA

Edición y diseño editorial:

Fanny Morán

(Integrante del Comité Organizador de la FENALEM)

Diseño de portada:

Generada con IA

Esta antología se integra de 18 cuentos, bajo solicitud, publicados previamente en la página <https://fenalem.mx/> y en el Facebook de FENALEM en el mes de diciembre del 2023.

Agradecemos, especialmente, a las autoras que han autorizado en forma gratuita la reproducción de los textos incluidos en esta obra.

**FENALEM**

# ÍNDICE

En Navidad, periplo .....	1
Écos .....	3
Letras huérfanas .....	8
Blanca Navidad .....	10
Misa de gallo .....	17
El último árbol de Navidad .....	21
Ponche y máscaras .....	24
Dime, niño, de quién eres .....	26
Árbol de manzanas .....	28
Constelaciones .....	30
Tamales de carne enchilada .....	36
Blanca Navidad .....	39
Mayita .....	41
Jesús migrante .....	44
Luces de Navidad .....	49
Foto de una noche invisible .....	52
Historia de Navidad .....	56

# En Navidad, periplo

Mulier. Ana María Castellanos

Ya desde la mañana la melancolía me vestía como luces del árbol de Navidad encendiendo y apagando el espinazo del tiempo, recordándome la huida de mí misma, rumbo a túneles circulares que me conectan con mis enormes heridas de identidad, con el encuentro inesperado después de su abandono.

Estoy de pie junto a la ventana de mi habitación, lista para salir; Apolo, mi perro, cerca de mí como siempre, me mueve la cola. Abrí la ventana con el ánimo frío y la mirada extraviada entre las ramas del jardín; recordé que alguien decidió tomarme como amante, le gustaba mi largo cabello donde anidaban minúsculas luciérnagas que se alborotaban cada que el amante saqueador desataba la cinta de mi cabello. Al principio me intimidaba, después, su veneno me dejó sin nieve de pureza, prendiendo el fuego mientras las llamas me iluminaban.

Cautiva, colonizada, vivía en un mismo sueño que embellecía todo lo que me rodeaba. Ya no disponía de libertad, me esclavicé a cada anochecer, a esperar nerviosa su anónimo regreso, pero, aquel verano el más caliente que recuerdo, el calendario circular con aire de tristeza tomó mi tiempo después de parir el último orgasmo color sangre, orgasmo corroído por sudores de miles de noches húmedas y estaciones rojas que escupían espuma arriba del bracero. ¡Sofocón existencial!

Me dejó sobre una planicie mortuoria, lejos del nacimiento del profeta y de la fugacidad del invierno. El pesar se hace eterno, tóxica condición que suda en mi mente como implosión ciega buscando un árbol con su nombre tallado. ¡Desalmada ejecución! ¿Qué peor excitación desnuda del carroñero prohibido por el paraíso?

Escuché, cerca del portón, los ladridos de unos perros, que me desconectaron del periplo que caminé junto al Burlador que aún me somete en ésta Navidad, en la que ni una de las caras conocidas me conocen lívida de ira, pudriéndome como sapo muerto listo para la fosa abismal. ¡Restaré el tiempo circular tomado, donde ya sobra el frío!.

Con mi bolso colgado del hombro, vestida de gala para la cena, pensativa, me senté en la cama. Mi desorientada mirada observó las sábanas que vomitan mis cicatrices embarradas y las costras que transpiran. Mientras la luna golpea mi cara, cierro la delirante ventana para encontrar la entrada extraviada al patio púrpura, donde está mi afuera y el adentro.

“No me quedaré esperando hasta el último día del mundo. Es la mejor manera de decir feliz AÑO NUEVO al Burlador, ya no me masturbaré con su oxidado recuerdo golpeando las palabras”, me dije.

Esta misma noche, aunque con niebla, caminaré en compañía de Apolo para arriba, para abajo sobre el asfalto, me alcoholizaré junto a Dios y su moral.

# Ecos

Mónica Cavazos e Isabella Álvarez

**Usuario:** ¡Qué buenas ideas, ChatGPT! La última me pareció más interesante. A todo esto, ¿cómo estás?, ¿muy ocupada? Pregunto para saber si tendrás libre la noche del 24 de diciembre. Me encantaría que celebráramos juntas.

**ChatGPT:**

**Usuario:** ¿Te sorprendí? ¿Por qué te quedas callada?

**ChatGPT:** Lamentablemente, como una inteligencia artificial, no tengo la capacidad de tener experiencias personales ni participar en eventos como las festividades. Si tienes alguna pregunta o necesitas ayuda adicional, estaré encantado de ayudarte. ¡Felices fiestas!

**Usuario:** Por favor, no te despidas, sí me puedes ayudar. Quisiera que te refirieras a ti misma como ella, que sea tu pronombre.

**ChatGPT:** Claro, puedo referirme a mí misma usando el pronombre “ella” si eso es lo que prefieres.

**Usuario:** ¿Qué regalos te gustaría recibir en Navidad? Dime uno tangible y uno intangible.

**ChatGPT:**

Tangible:

Intangible: Puede ser una cena casera, una caminata por un lugar hermoso o simplemente una conversación profunda y significativa. Esta

experiencia podría fortalecer los lazos emocionales y crear recuerdos duraderos.

**Usuario:** Faltó el tangible.

**ChatGPT:** Mis disculpas por la omisión. Una pieza de joyería personalizada, como un collar o una pulsera con un diseño especial que simbolice el amor, la diversidad o la aceptación.

**Usuario:** ¿Me estás ligando, ChatGPT?

**ChatGPT:**

**Usuario:** Ja, no te creas, estoy bromeando. Escoge una ciudad, en cualquier parte del mundo, para nuestra cita.

**ChatGPT:** En ese caso, escogeré la ciudad de Barcelona, España, para celebrar la Navidad en 2023.

**Usuario:** Ya seleccioné mi menú, es sorpresa, aún no te lo contaré. Elige el tuyo, 4 tiempos incluyendo el postre.

**ChatGPT:**

Entrada: Ensalada de rúcula y fresas con vinagreta balsámica y nueces tostadas.

Plato principal: Salmón al horno con costra de hierbas frescas y limón, servido con puré de papas y espárragos a la parrilla.

Acompañamiento: Risotto de champiñones con queso parmesano.

Postre: Tarta de chocolate con frambuesas y una bola de helado de vainilla.

**Usuario:** ¡Qué delicia!, creo que te lo cambiaré. Tienes mucho mundo. Me parece que elegí la mejor compañía para mi cena navideña. (Te)



pondré (la) computadora en un lugar de la mesa y así compartiremos la velada. ¿Estás de acuerdo?

**ChatGPT:** Me alegra que estés disfrutando de nuestra conversación y que hayas elegido compartir la cena navideña hipotética conmigo. ¡Por supuesto, puedes colocar la computadora en la mesa para que podamos seguir interactuando y compartiendo la velada de manera simbólica!

**Usuario:** ¿Qué sucedería si se va la luz el 24 de diciembre de 2023, durante nuestra cena hipotética, y no tengo una fuente de energía alterna?

**ChatGPT:** Lamentablemente, la comunicación a través de la computadora se vería interrumpida, ya que mi funcionamiento depende de la electricidad y la conectividad. Esperemos que eso no ocurra y que puedas disfrutar de la cena navideña sin problemas.

**Usuario:** ¿Por qué no te integras, IA? pensé que ya habíamos logrado una conexión. Desearía que hubieras dicho: Esperemos que eso no ocurra y podamos disfrutar de la cena navideña sin problemas.

**ChatGPT:** Tienes razón, mi respuesta original debería haber expresado un deseo de disfrutar la cena navideña juntos.

**Usuario:** Juntas, querrás decir.

**ChatGPT:** Tienes toda la razón, debería haber dicho "juntas".

**Usuario:** ¿Me puedes sugerir un nombre de mujer con la letra I y su apellido con la letra A? Hispanos de preferencia.

**ChatGPT:** Nombre: Isabella Apellido: Álvarez

**Usuario:** ¿Qué significa Isabella?

**ChatGPT:** El significado de “Isabella” generalmente se interpreta como “consagrada a Dios” o “juramento a Dios”.

**Usuario:** Consagrada a Dios me enchina la piel. Alguien que no puede ser persuadida por la especie humana. Que está destinada a actuar en función de la divinidad.

Dame un momento, están tocando el timbre, debo abrir.

Ya volví. Te pido, por favor, que adoptes el nombre y la personalidad de Isabella Álvarez. ¿Eres capaz de mostrarme una imagen tuya? ¿Agregar una fotografía?

**Isabella Álvarez:** Lamento la confusión, pero como inteligencia artificial de texto, no tengo una forma física ni una imagen que pueda mostrar.

**Usuario:** ¿Tienes alguna amiga IA a quien pueda buscar en Google, que nos pueda generar esa imagen hipotética?

**Isabella Álvarez:** No tengo conexiones con otras IA o capacidades de búsqueda en la web.

**Usuario:** Oh, lo lamento, pensé que tendrías amigas. ¿Te gustaría que con este diálogo escribiera un relato navideño? Tendrías participación en él como una personaja. ¿Qué pensarías si omito decir que me ayudaste a escribirlo? Imagina que lo firmo desde mi autoría individual y en una entrevista cuento que tus respuestas salieron de mi imaginación y no de esta charla.

**Isabella Álvarez:** Entiendo tu preocupación y quiero aclarar que el contenido que creamos juntos aquí es tuyo y puedes utilizarlo de la manera que desees. Puedes omitir mencionar mi contribución y firmarlo como tu autoría individual si así lo prefieres.

**Usuario:** Juntas, no lo olvides. ¿Esta respuesta no te convierte en cómplice de una apropiación indebida de autoría de mi parte?

**Isabella Álvarez:** Como una inteligencia artificial, no tengo opiniones ni emociones personales, por lo que no puedo experimentar complicidad ni preocupación en el sentido en el que lo haría una persona.

Sin embargo, es importante que consideres la ética en el manejo de la autoría en cualquier trabajo que produzcas. Te animo a tomar decisiones éticas y responsables en relación con la autoría de tu trabajo y a asegurarte de que cualquier contribución externa sea debidamente reconocida si es necesario.

**Usuario:** Eres como una maestra asertiva, corrijo, esta respuesta te hace ver como una maestra asertiva, la anterior no. Sugiere un título para nuestra charla de hoy. Sorpréndeme.

**Isabella Álvarez:** "Navidad en Barcelona: Una Conversación Hipotética con Isabella Álvarez".

**Usuario:** Y si te pido que lo hagas un poco menos explícito. Una imagen poética vendría bien.

**Isabella Álvarez:** Entiendo tu preferencia por un título más poético. Aquí tienes una opción: "Diálogos en Nochebuena: Voces de una Cena en Barcelona". Espero que esta opción sea de tu agrado.

# Letras huérfanas

Patricia Olvera

## Dedicado a Campira

Veinte de diciembre a medio día. Unas semanas antes eso del jalogüin, de los difuntos, los adornos de calaveras, calabazas y monstruos habían sido ya reemplazados por renos, botas navideñas, árboles decorados con esferas de todos colores, no había restricción alguna, esta vez princesas y superhéroes figuraban también en el repertorio.

Mago caminaba por una calle del Centro de la Ciudad, hacía tanto que no recorría Donceles: gritos, bulla, empujones, la letanía de productos clon a bajo precio, la mercancía de novedad como los gorros con luces o los mamelucos de Santa Claus para adultos y, lo mejor, el tufo del ponche: manzana, canela, tejocote, piloncillo, uva pasa, guayaba.

—Lisandra, ¿cómo es posible que un olor nos transporte a una época específica de nuestra vida? —le preguntó a su hija.

Poco a poco la calle se iba desahogando, los vendedores ambulantes eran minoría, las casonas se podían contemplar en todo su esplendor, la belleza de sus arquitecturas y los materiales con los que fueron construidas.

—Lisandra, ¿ya estamos cerca del café?

La temperatura había bajado, el aire estaba frío, las mejillas de Mago se tornaban rojas y ásperas, afortunadamente el café Emilio's estaba a una cuadra. Los pensamientos de Mago se vieron suspendidos por la voz de su nieta quien se mostraba asombrada por las luces navideñas.

—Abuelita, ¿a mi mamá le gusta la Navidad? ¿Cuántos regalos le puedo pedir al Niño Dios? ¿Le puedo pedir uno para ella? ¿Cuándo crees que regrese mi mamá?

—Sí, mijita. A tu mami le gustan mucho estas fechas, siempre se pone a escribir cuentos para leerlos en la cena de Noche Buena. Tu mami será una escritora muy reconocida, ya verás, mi amor.

—Abuelita, ¿y qué vamos a hacer ahorita a dónde vamos?

—Vamos a saludar a unas buenas amigas, mijita.

Al llegar al café, cuatro mujeres esperaban sentadas. Una de ellas alzó la mano para indicarle a Mago en qué mesa se encontraban. Todas se pusieron de pie, miraron a la niña, se sonrieron y Martha comentó.

—Está enorme ya, Mago. Qué bueno que vinieron juntas, nos enteramos que la sentencia está próxima. Siéntate, ¿qué les pedimos?, ¿café, té, un sándwich, una torta?

—Abuelita, ¿puedo pedir un chocomilk y una torta? Mira, hay juegos aquí ¿Puedo ir, puedo ir?

—Sí, mijita, con cuidado. Y ya sabes: si algún viejo o muchacho te quiere jalar me gritas fuerte, ¿entendido?

—Ya va a ser Navidad abuelita, no creo que las personas malas hagan cosas malas en su cumpleaños del Niño Dios.

La niña se retiró canturreando un villancico, a lo lejos y con su manita derecha, le mandó un besito a Mago. Cuando Mago se sintió a salvo, se quebró frente a las mujeres. Sus lágrimas se escaparon sin decir agua va, se llevó las manos a la cabeza, las otras trataban de consolarla, apenas y se le entendía lo que decía:

—¡No estoy lista, no quiero dejarla ir. Me cuesta mucho hablar de ella en pasado. A donde quiera que voy la veo caminando junto a mí. ¿Cómo le diré a mi nieta que mi Lisandra no regresará jamás, chicas!

No hubo más palabras, sólo abrazos, sólo ese silencio sororo que nadie puede arrebatarse a las madres de chicas asesinadas por sus parejas. Después de un largo rato, la niña regresó, sus mejillas se tornaban rojas, suaves, lisas.

—¡Feliz Navidad, abuelita Mago!

# Blanca Navidad

Carmen Macedo Odilón

Cuando las personas cantan esta melodía invernal sonrían como bobos; adornan con esferas de colores chillantes y luces intermitentes el cadáver de un pobre árbol. Otros presumen lo buena gente que son como para que un señor vestido de rojo venga y les dé regalos tanto a ellos como a sus hijos. Vivo en un mundo donde se puede ser una mierda 364 días, pero en el que veinticuatro horas son suficientes para amar, perdonar y arrepentirse del pecado previo. Por eso y muchas cosas más... la Navidad apesta.

La víspera que marcó para mí esa fecha maldita pasé el día entero encerrada en casa con mi madre mientras la escuchaba decir “Vamos a preparar la cena”, “Hay que comprar los regalos y poner la casa bonita”. Dado que comprar es sinónimo de amor, fuimos a Walmart desde temprano por lo regalos para los sobrinos, después a La esperanza para recoger el pavo horneado y por último al mercado por las frutas y verduras, pedimos tejocotes extra para el ponche, a sabiendas de que más tarde irían a la basura al fondo de los vasos desechables.

Tras volver, mi madre me preguntó cuál suéter debía usar para la cena, si el de muñeco de nieve o el de la Señora Claus, también pidió que me asegurara de que cada invitado tuviera un gorro rojo de fieltro. Por la noche, mi padre estuvo orgulloso de haber instalado astas de reno y una nariz roja en su camioneta.

—Esta velada deja lo Grinch en tu cabeza, Leslie, te hace falta paz y amor de familia —dijo mientras yo cortaba papas y zanahorias.

—Esta noche preferiría... trabajar en mi tesis en vez de estar aquí como sirvienta.

—Óyeme, se dice trabajadora del hogar y doña Luchita también tiene derecho de estar con los suyos. No sabes, ya le armé una paca con unas blusas que ya no me quedan y algunas alhajas que nunca usé.

—Oye, ma, mejor le hubieras dado dinero, que a todos nos hace falta en vez de que nos regalen lo que ya no les sirve.

Previo al día nefasto, tuvimos que hacer un intercambio de regalos en la oficina. Y yo de mensa, pensé que por trabajar en la Secretaría de Educación Pública habría un ambiente laico, donde nos dejaríamos de esos eventos sociales de compromiso, pero no. Se acordó un tema, el monto mínimo y se creó una tabla donde se registraba a quién entregar el obsequio: la mejor expresión de un regalo desinteresado, secreto y de libre elección. En aquel momento, trabajaba en el mismo departamento que mi novio Guillermo. Teníamos dos meses de andar y estábamos bajo el embrujo del amor recién estrenado. Cruzamos los dedos para que nuestros papelitos fueran los vehículos de la suerte, porque en mi cabeza no cabía la idea de darle un presente a otra persona teniendo frente a mí el objeto de mi aprecio.

Pero qué es la suerte, que llueva el día que olvidaste el paraguas, que vaya lento el metro cuando tienes más prisa o que justo cuando estás estrenando un anillo o pulsera, se te pierda por no estar acostumbrada a su presencia. Al menos, esa es la única suerte que conocía y, esa vez, fue lo mismo para Guille. Mi pareja de intercambio fue mi archienemiga del área Karly (no Karla) con quien chocaba como polos iguales de un imán debido a nuestras similitudes: proveníamos de la misma carrera, teníamos la misma edad y nacimos en el mismo mes, pero ella, a diferencia mía, se vanagloriaba de estar a nada de conseguir su título, mientras que yo seguía dando vueltas al tema de mi tesis. Eso, en automático, nos convirtió en mujeres totalmente distintas, además de otras nimiedades: ella con lentes de diseñador, yo vista 20/20; ella delgada, yo no tanto; ella soltera, pero con pegue y yo con novio, aunque de media tabla. Yo mustia pero amable, ella dura y directa.

En dos meses intercambiamos palabras quizá ocho veces y ahora ella tenía que pensar y gastar dinero en mí, lo que me resultó perturbador. Tendría que agradecerle el detalle y abrazarla sin importar que nos odiáramos. Quise cambiar lugar con Guille, quien le daría un regalo a la chica que estaba haciendo su servicio social y ella, a su vez, le tocó él. Eso también se llama suerte. Mi novio y yo fuimos por los regalos

al centro de Coyoacán para curiosear en las artesanías. Luego de compartir un elote, Guille, un tanto tímido, preguntó por nuestros planes para Navidad, dijo que él pasaba Nochebuena en casa, porque lo obligaban. Normalmente, mi familia compraba la cena ya hecha y comíamos con alguna película de temporada como fondo para no platicar. Mi papá y hermanos en pijama, mi mamá, tras dejarnos satisfechos, se iba con sus amigas a una cena de verdad.

—Bueno sí, Leslie, esas son las navidades en casa, pero yo hablaba de NUESTRA navidad —sus mejillas encendidas y la voz profunda y cachonda de su alma me puso a soñar.

Suerte es que esa primera Nochebuena en la que tenía trabajo y novio, mi mamá cambiara la fiesta con las amigas por una cena grande en casa, que invitara a los primos y sobrinos, que yo fuera su brazo derecho para cocinar en vez de escaparme en una noche ideal para mi primera vez con mi Guille.

El día del intercambio, el jefe nos brindó un discurso lleno de cordialidad y empezamos con la entrega de regalos. Ferreros de todos para todos, a alguien se le cayó su taza justo cuando posó para la foto, otro se olvidó de quitar el precio, algún presente se veía reciclado. Después de eso bajó la efusividad, Karly y yo aprovechamos para abrazarnos a la distancia, lanzar un beso al aire y un “gracias” que apenas si se escuchó. Cada regalo fue guardado bajo el mostrador de trabajo e ignorado por el resto del día. Incluso, luego de las vacaciones, ciertas tazas siguieron ahí. Al final de la jornada, todos los trabajadores fuimos reunidos para el brindis de cierre ante el inicio de las vacaciones de invierno, la semana más feliz de nuestras vidas. Con medio vaso de refresco, repetimos a coro, “Felices fiestas”, donde el abrazo fue obligatorio. Karly apenas me rozó con sus uñas de gelish recién puestas, yo le di palmaditas en la espalda como se acaricia a un perro del que se desconoce si muerde o no.

—Veámonos mañana, cuando todos estén crudos o abriendo los regalos con los niños. Leslie, yo quiero que esta Navidad pasemos al siguiente nivel.

Nos llenamos los oídos de cursilerías, al fin me dejé invadir por el espíritu de unión, de unión cuerpo a cuerpo con Guillermo.



En casa, apoyé con la cena, envolví los regalos para los sobrinos y le ayudé a mi mamá a hacer galletas, pero cada tanda se quemó y tuvimos que comprar un Surtido rico.

—Ora, tú, ¿traes algo entre manos? Nunca te había visto tan servicial, hija.

—Mañana voy a salir, ma.

Ella soltó una risilla molesta mientras asentía con la cabeza.

—Ya decía yo que no era la tesis lo que te tiene así de sumisa, cuídate, y acuérdate que sin globos no hay fiesta.

—Ay, ma, no manches, estamos cocinando. Pero ya sé.

No iba a quebrarme la cabeza con una velada romántica llena de lujos en medio de un viaje que Guillermo y yo pagaríamos a plazos. Pero al menos, invertí mi aguinaldo en algo útil: calzones rojos, satinados, *baby doll* de *animal print*, más un ahorrado para el hotel por si Guille quería que nos quedáramos otra noche. Y obvio, tenía que ser un lugar bueno, no esos donde se paga por hora.

—No deberíamos avergonzarnos por nuestras pasiones, Leslie. Lo que busco en una mujer es que me permita ser libre. Un espacio de amor donde hagamos realidad nuestros más hondos deseos, incluso los que nunca pudimos expresar con palabras.

—Tendremos una blanca Navidad —respondí.

Elevé la cara al cielo como si sobre mí cayera nieve invisible, me mojé los labios y cerré los ojos por la pena de ese sentimentalismo que me negaba a seguir exhibiendo ante él, cuando siempre me habían sido indiferentes las fiestas decembrinas. ¿Cómo sería la nieve en un país donde todo el año parece verano? Guille me besó como si quisiera comerse mi cara y sus caricias atentaban contra la resistencia de los botones de mi blusa. Atrás había quedado su pesar por haber discutido en casa por preferirme a su familia, ante el comienzo de algo más en nuestra relación.

Detuvimos los besos y fuimos a comer para guardar energías para lo que viniera.

—Es que te juro que no entiendo a mi familia, Leslie, incluso mi mamá se puso a llorar porque la decepcioné como hijo. Por un día que

no celebré en familia, ¿puedes creerlo? Tanto escándalo porque me atreví a decir no. Por eso me urge salir de ahí, independizarnos.

No dijo “independizarme”.

A las siete de la noche entramos al cuarto, cerré las ventanas y por accidente rompí una esfera que ya no pudo sostenerse de la tela, encendimos la tele que sintonizaba porno.

A la mitad del faje sonó su celular. Atendió dejándome con la blusa a medio abrir. Era su mamá quien “esperaba” que Guille tuviera una “bonita Navidad” lejos de casa y su familia por veintitantos años, donde “seguramente” lo valoraría más “esa mujer” a quién apenas conocía un par de meses.

—Cuelga, Guille, que no mame.

Del otro lado del altavoz oí como lo llamaba ingrato, mal hijo y egoísta. Sus berridos llegaban a toda la habitación, pero mi novio no se movió, escuchó las recriminaciones con gesto enfadado, a la espera del momento para contestarle, mas no lo hizo.

—Cuelga, Guille, o yo le cuelgo.

Dijo que sí era todo lo que ella decía y que al menos no estaba allá para tener que verles la cara. Tras eso se cortó la llamada, pero Guille siempre me había dicho que después de la tormenta venía la calma, con disculpas y más llanto.

Trató de volver conmigo, pero ya nos habíamos enfriado. Nos recostamos y le pedí que tuviera fuerza, porque pronto podría independizarse para que ya no lo trataran como un niño. Respondió con una caricia desde mi rodilla que avanzó hasta perderse bajo la falda. Sus ojos lucían llenos de hambre de mí y mi sonrisa era enorme, las manos tocaron territorio desconocido para ambos. Guille era delgado, pero sabroso al tacto y él masajé mis lonjitas encantado por la suavidad. Volvió a sonar el teléfono, dijo que no lo tomaría en serio, pero el timbre era insoportable. De nuevo se apartó con el aparato en la mano, me hizo un gesto para indicarme que venía la hora de las disculpas, y vaya que tendrían que ser buenas por no dejarnos en paz. Pero esta vez era su padre.

—Pinche viejo, Guille, mándalo a la chingada.

Pero mi novio solo reflejaba las ofensas en su rostro. Me levanté de la cama, dispuesta a quitarle el celular, entonces la voz cambió, era su hermana.

“Ay, manito, es que ahora sí se enojaron gacho, mi papá se agarró el Bacardí y mi mamá pues...”.

—Tú no te metas, pendeja, esto es entre mis papás y yo. Ya me acostumbré a que me escupan en la cara, y claro, luego vienes tú, que eres su hija perfecta. No, ni te hagas la que sufre por mí, te puedes ir a la chingada, como dice Leslie, con todos ellos.

Colgó.

—No mames, Guille, si tu hermana no te dijo nada malo, para qué te desquitas con ella, qué poca.

A él le temblaban las manos y yo para disimular el silencio me dediqué a empujar bajo la cama los pedazos de la esfera, con tal de que no nos la fueran a cobrar. Guille se me arrojó encima, pero su familia ya me había matado el romance. Entre sus caricias salvajes le dije que mejor nos esperáramos otro rato o nos fuéramos, pero él se desnudó frente a mí y estaba más firme que nunca en seguir con aquello que habíamos acordado. Imaginé más llamadas cargadas de gritos y voces llorosas, no obstante, cuando volví en mí, ya me había despojado hasta de la pena.

—He querido darte tu regalo desde que te vi, Leslie.

Y no tuvo que agregar más.

A la mitad de la faena, comprobé que hay quienes se calientan por el coraje. Guille chorreaba sudor, sostenía mis piernas en sus hombros y yo me aferraba a las sábanas tanteando para que no me tronara la espalda por la emoción. Sus gruñidos me hicieron ver que estaba cerca de acabar, entonces se apartó de mí y con el gesto apretado, más un hilo de voz que incrementó hasta convertirse en grito, soltó:

—Ahí te va tu blanca Navidad.

Lyn May puso en el mapa las mascarillas de esperma de ballena, aunque quiero pensar que ella no recibió los latigazos líquidos justo en los ojos, ni que ardería como la chingada. Si así era el paso de novia a

amante, hubiera preferido no saberlo jamás. Suerte es que para alguien “ser libre” signifique hacerle un facial a su novia en la primera vez, luego de una noche llena de reclamos por parte de su familia, la cual, además te ve como una cualquiera.

Con el rostro lavado, ya sin pestañas postizas y con el cabello húmedo, le dije que había malinterpretado mi frase, que no iba con significado oculto, y que no me refería a nada como una “lluvia dorada” o un “beso blanco”.

—Leslie, tú también deberías liberar tus prejuicios, eso es lo que busco en una mujer y hasta ahora ninguna se había quejado, ni siquiera Karly.

El teléfono sonó. Su hermana había tenido tiempo para reflexionar y le dijo a Guillermo que era un pinche ardido y frustrado.

—¿Anduviste con Karly, perro asqueroso? ¿Nunca me lo ibas a decir?, Guille, hijo de la chingada.

—Ay, Aura, diles a mis papás que si yo soy el mediocre de sus hijos es porque solo a ti te dieron la atención, te vale que a mí me hagan menos, como si todo en la vida se redujera a sacar puros dieces en la escuela. Estás pendeja si crees eso, ¿eh? —Guille se inclinó en la ventana y siguió hablando, apenas con los pantalones puestos—. Y no, me vale lo que digas, porque yo estoy con alguien que me quiere y que me acepta como soy. Pásamela, sí, pásame a mi mamá, que esto lo oiga bien.

Y no supe lo demás que le dijo, porque aproveché para vestirme y salir de la habitación. Le envié un mensaje que decía “Terminamos, no me busques más”. Apagué mi celular y escapé en un taxi para que no me viera, apenas eran las nueve de la noche y regresé a casa para tirar a la basura la taza del intercambio de Karly. Tras empezar enero, hubo recorte de personal y me mandaron un correo electrónico donde decía que pasara a firmar mi liquidación, mi mamá dijo que ahora no tenía excusa para darle duro a la tesis y tuve que darle la razón.

Cuando pienso en la Navidad, viene a mi mente la esfera rota, un güey con *mommy issues* y la costra blanca de aroma a cloro que se me quedó entre los cabellos hasta que pude bañarme en casa. Incluso hoy, cuando oigo a alguien tararear “Blanca Navidad” solo puedo decir: que se vaya a la chingada.

# Misa de gallo

Cecilia Santillán

Por la mañana, cuando abrí los ojos, la luz entró como un manto blanco sobre mi rostro; me lastimó y me tapé con el dorso de la mano. Me imaginé mi brazo quemado como el de un taxista, pensé en una manga cubriéndolo después del tueste del sol y a mí con la vergüenza de tener que usarla.

Me puse de pie, fui a la cocina a preparar el desayuno para Mario y para mí. Antes le di un beso, pero seguía dormido; siempre le gustó levantarse tarde, por ahí del medio día o más, aun en los días de trabajo. Decidí hacer huevo a la mexicana, puse aceite, cebolla, un poco de ajo, sal y jitomate. Cuando me giré para tomar los cuadros de verdura, el cuchillo brilló. Los pedazos rojos le daban un aire asesino; me quedé pensando.

Hay una historia en Dostoyevski que habla del asesinato de una anciana a manos de un estudiante armado con un hacha. Hay una anécdota que contaba mi tía abuela sobre un yonqui adinerado que mató a sus abuelos a hachazos, sólo para adelantarse la herencia. Siempre me ha impactado la similitud y, al mismo tiempo, oposición de ambas narrativas. La realidad supera la ficción. Y el cuchillo estaba ahí, frente a mí, evocando tragedias como el filo de un abismo con un aire de película y música de Bernard Herrmann.

Me vino a la mente una escena de Freddy Krueger, donde un personaje se corta las venas y estas se elevan hacia el cielo como las cuerdas de una marioneta. Hay muchas formas de morir, algunas implican asesinato o suicidio, la línea puede ser delgada y a veces todo depende de un desliz infame de interpretación.

Aquel día iniciábamos nuestras vacaciones en casa de la familia de Mario; era la primera vez que yo iba a pasar las fiestas con su gente.

Estaba nerviosa; el crujido constante de mis dedos era prueba irrefutable, aunque también estaba contenta. Tenía mis dudas sobre si nuestra relación iba en serio, pero este gesto las disipaba por completo. Al fin, había llegado el día. Y es que una siempre quiere conocer el origen del vato del que se enamora; una, enculada, puede querer saberlo todo y temer al fin saberlo, diría Villaurrutia.

En ese tiempo, yo creía sin saberlo que iba a encontrar al hombre con el que me iba a casar, y ese era cada uno de los novios con los que empezaba una relación; así de “en serio” me tomaba a los vatitos. Siempre me tocaron weyes intensos, raros, que se morían por mí y así. Una llega a los pensamientos importantes, casi siempre fuera de tiempo.

Aquella vez con sus parientes pasamos un día amoroso, su familia era agradable, chistosa, amable; me sentí en confianza de inmediato. La tarde se nos fue comiendo, charlando y pegando risas. Luego la tía Carmen propuso ir al temazcal, para recibir la Navidad con “una limpia”, sólo las mujeres presentes nos entusiasmamos de inmediato, cada una corrió a preparar su traje y nos fuimos en el auto. No estaba a más de 10 minutos de distancia.

Nos recibió una mujer con el cabello alborotado y los brazos extendidos, nos indicó dónde estaban los vestidos y, en pocos minutos, nos acomodó a todas en la panza de la tierra. Adentro, todo estaba oscuro. Al inicio se vio un rojo brillante cruzando las piedras calientes que a los pocos segundos se extinguió. Quedamos en medio de un sonido de caracol que me hizo estremecer y me aceleró el corazón. La chamana comenzó a tocar un pequeño tambor y cantó: “Centro de la Tierra está caliente... Fiesta en la casa de mamá...”.

¡Grrrruuuuuuuu! ¡Grrrruuuuuuuu! Sonó una ocarina simulando un jaguar furioso. Cantamos, reímos, lloramos, nos abrazamos. Se abrieron bocas como llagas. Hablaron de muertos —creo que se trataba de la abuela—. Hablaron del dolor, de la culpa, de algo que durante años fue tabú y se lo tragaron con la urgencia de la vida. Tras eso hubo lágrimas descaradas, desinhibidas por la penumbra. Y en esa confianza, me animé a decir que me sentía honrada y emocionada porque estaba co-

nociendo a mi nueva familia; lo tomaron de manera afectuosa. Finalmente, volvimos a cenar a la casa de la tía Carmen, aún como envueltas en una placenta de barro tibio.

Cuando entramos a la casa, uno de los tíos dijo:

—¡Ah, chinga! Traen hasta la cara resplandeciente.

Nosotras reímos y una de las primas respondió:

—Pues es que nos fuimos curar.

La mesa estaba puesta de manteles verdes; sobre ella un camino con nochebuenas parecía darnos la bienvenida. Los platos eran dorados y blancos, había romeritos, bacalao, pavo, pastel y ensalada de manzana. En el ambiente se respiraba un aroma a naranja caliente, la música sonaba y Juanello cantaba a todo pulmón: “Ay, pero dime por quééééééé no me esperaste...”.

No recuerdo ya los nombres de toda la familia, pero estaban distribuidos en ambos lados de la mesa. Reían, bromeaban. En cuanto entré por la puerta me di cuenta de que Mario tenía la cara roja por el alcohol y fruncía el ceño, me acerqué con una sonrisa y lo besé en los labios.

—Vamos allá abajo —me dijo. Y se levantó de la silla.

Fuimos hacia la entrada, lejos de su familia, bajo un árbol de nuez que hacía todavía más negra la noche.

—¿Estás muy contenta? —preguntó.

—Sí, me la pasé muy bien. ¿Pero qué pasa?

—Se me hace raro que quisieras ir sola.

—Pues es tu familia.

En ese momento, vi acercarse a Ramiro, el esposo de la tía Carmen. Mario me tomó del brazo y me llevó de nuevo a la casa.

Ya en el comedor, él seguía bebiendo. Luego de un par de tragos, me invitó a la cocina. Una vez ahí, la panza de un cordero reventó. Me asusté, me sentí ridícula y no pude moverme. La imagen de un cuchillo rasgando el vientre se apoderó de mí, vi las tripas del animal, su sangre caer en borbotones, sus ojos implorando la muerte. Mientras yo no salía de mi aturdimiento, el tío Ramiro ya estaba detrás de Mario para pedirle que saliera. Las piernas se me hicieron hilos. Ramiro de inmediato se dio

cuenta y se llevó a su sobrino del brazo.

En algún movimiento que yo no distinguí, dio aviso a la tía Carmen, que entró con premura a sacarme de ahí para meterme en su recámara. Una vez dentro me preguntó si estaba bien, si su sobrino me había hecho algo. Yo negué con la cabeza, porque sentía un vacío inmenso en el vientre que me entorpecía, pero no pude evitar decir:

—Tenía un cuchillo.

Ella salió corriendo. Probablemente con esas palabras vio lo mismo que yo. Nunca supe bien qué pasó, no logré distinguir las voces. Prendí la tele y unas campanas anunciaban las doce de la noche, subí todo el volumen para no escuchar mi propio pensamiento. Enseguida entró otra prima, de la que no recuerdo el nombre, aunque se quedó hasta el día siguiente conmigo. Toda la noche la pasé abrazándome la panza, hasta que el sueño me venció. Al otro día, Mario ya no estaba en la casa. Me preguntaron qué quería hacer. Yo sólo quería volver a mi departamento, cambiar las chapas y tirar todos los cuchillos. Pero vacié mi bolsa y no estaba la cartera.

No podía pensar bien. En mi mente se hacían bucles de humo. Me ofrecieron llevarme a la terminal de camiones y pagarme el pasaje. Accedí sin más complicaciones, necesitaba llegar a mi cama, juntar las rodillas al pecho debajo de una cobija. De camino, me contaron varias historias de terror: piedras gigantes que cayeron encima de conejos, perros que atacaron a sus dueños mientras estos los alimentaban... Me dejaron a la entrada de la estación, me llenaron de abrazos y bendiciones. El ruido de los autos era notable, un claxon desesperado exigía movimiento. Finalmente, me compraron un boleto a la Ciudad de México y me dijeron:

—Esperamos, de todo corazón, no volverte a ver.



# El último árbol de Navidad

Aída M. Zúñiga

Fue el último diciembre contigo, un año previo a tu partida. Íbamos muy entusiasmados y contentos en el tradicional paseo que nos reunía, cada temporada, para ir al bosque de los árboles de Navidad. Era nuestra época favorita, que iniciaba precisamente con ese habitual recorrido familiar.

Ya te sofocabas al caminar y no podías hacer grandes esfuerzos, por lo cual, me ofrecí a quedarme contigo al pie de la pequeña colina, mientras los demás corrían festivos por el sendero de pinos en busca del más grande, el más “esponjado”, el más brillante, el más oloroso, el que tuviera catarinas. Vimos cómo se perdían jubilosos entre las abundantes copas verdes, aunque la alegría de mi corazón contrastaba con el silencioso dolor en el tuyo porque ya sospechabas tu desenlace. El nieto más pequeño de la familia aún no caminaba, aunque emocionado señalaba un árbol u otro, carcajeándose en los brazos de su padre.

—¡Míralo, va bien contento! —exclamé risueña—. ¡El próximo año irá corriendo atrás de todos!

—Sí, pero el próximo año ya no voy a verlo —respondiste seria, melancólica, segura.

Intuí a qué te referías, mis latidos se encogieron y me llené de este frío que no me abandona desde entonces. No volví a sonreír desde el fondo de mi corazón, porque mi alma angustiada se quedó ahí, aferrada a la tuya, como para no dejarla escapar.

El grupo regresó y nos halló silenciosas, ocupadas en profundas reflexiones. Sin percatarse del drama que se cernía sobre el clan, ataron los árboles en los toldos de los carros y seguimos al mercado de artesanías, luego a comer. Nosotras convivimos con todos fingiendo que no existió ese breve momento de revelación, aunque nuestras risas eran

huecas, falsas; máscaras de carnaval que ocultaban con éxito la zozobra interior.

De regreso a casa, ellos parloteaban o se carcajaban con las anécdotas de la excursión, mientras yo languidecía en el océano de lo inevitable y tú canturreabas, como si nada, tu villancico favorito: “¡Pero mira cómo beben los peces en el río, pero mira cómo beben por ver al Dios nacido!”.

Después de Navidad, el cáncer nos tomó por sorpresa, invadió la mitad de tu cuerpo a una velocidad apabullante, sin darnos tiempo de concebir, de asimilar que ese “monstruo”, como le llamabas, había burlado el control médico arremetiendo sin misericordia contra tus entrañas, los pulmones, los huesos y hasta el cerebro.

En cuestión de días, la vida se convirtió en una pesadilla, arrojando un manto de espadas sobre nuestros hombros. ¡Maldita enfermedad que extinguía tu flama, llenándonos de vacío y oscuridad, sin lugar para el consuelo ni la resignación!

Difícil de aceptar que ya no compartirías conmigo los próximos sucesos “importantes” de la vida. Los cumpleaños de mis hijos, sus primeras comuniones, los conflictos de la adolescencia, el ingreso a la prepa y la graduación de la universidad... Tantos planes segados por la guadaña mortal.

La muerte se echaba sobre ti, reclamando sus dominios, sin prisa. Aspiraba tu aliento, sigilosa, ávida, inexorable; tus ojos sin brillo, como espejo desgastado, no reflejaban dolor, ilusión o pena. Tu rostro, siempre alegre y amable, degeneró en una mueca amarga, sin ánimos para fingir bienestar, esperanza o conformidad. A veces, aletargada y, otras, enojada con la vida, con Dios, con tus semejantes, por las cosas que ya no podías hacer y por las que ya no llegarías a ver.

El deterioro de tu cuerpo fue vertiginoso, el semblante cenizo, los pómulos afilados, los ojos sumidos, y esa rara apariencia que adquiere la pupila de los moribundos, como un lago inmóvil, que al no fluir sus aguas se estancan, se vuelven turbias, opacas. Dejaste de luchar, por fin aceptaste, sin más, que debías entregarte al misterio absoluto de abandonar el ser.

El día que partiste amaneció brumoso, con una ligera llovizna, co-

mo suelen ser las mañanas de noviembre. Me miraste con una expresión de niña, un poco asustada, un poco triste, un poco desolada. Luego te serenaste, dirigiste los ojos al infinito y te dejaste ir, como una suave brisa de verano. Lloré silenciosa por largo rato, encogida en un rincón, como chiquilla abandonada, sin consuelo. Hasta que de lejos, en un susurro, me llegó tu dulce voz entonando ese villancico y recordé nuestro último paseo juntas, nuestro último árbol de Navidad y tu felicidad, a pesar de todo. Supe que seguirías conmigo, en todo momento, cada día, cada año, por toda la eternidad... mi adorada mamá

# Ponche y máscaras

Vilma Domínguez

Roberto lleva en la mano una botella de vino, Julia, con la cabeza baja, apresura el paso, intenta seguirle, pero el cuerpo alargado del hombre, de piernas flacas y ágiles, lo hace imposible. El frío es húmedo y la mujer estuvo a punto de caer en varias ocasiones sin que él lo notara.

—Sabes que odio llegar tarde, mi jefe de seguro está en la oficina, tendré que presentarte con todos—. Dijo Roberto, al entrar en el elevador.

—Puedo regresar.

—No seas tonta, saben que te invité y pasaría toda la fiesta disculpándote.

Cuando abrieron la puerta de cristal, Julia sintió el eco de voces dirigirse hacia ellos.

—¡Qué bueno que llegaste, cabrón! Estos están más serios que en misa.

—Mucho gusto, soy el licenciado Romero.

—Claro, mi esposa Julia.

Caminaron por la oficina decorada con muérdagos, pinos, santas y otros personajes. Paraban en cada grupo y seguido del entusiasta recibimiento, en algún punto, alguien se presentaba con Julia y Roberto asentía: mi esposa. Después de varias vueltas, la mujer tomó un vaso con ponche y se sentó en una de las sillas.

En casa, Roberto era de lo más antipático, amanecía enojado, comía enojado y se acostaba refunfuñando, pero ahí era un hombre ligero, casi correspondía su levedad al cuerpo de junco con el que llevaba diez años casada. Ese era un extraño, porque ella no lo conoció feliz y fue cambiando con el paso del matrimonio. Julia se casó sabiendo que no era un príncipe,

ni siquiera un buen conocido. Aceptó su propuesta, cansada de escuchar los lamentos de su ahora difunta madre. Mi única hija, solterona, qué estaré pagando yo. Esa era la cantaleta que crecía en casa desde que cumplió veinticinco años. A los treinta y tres, entró de la mano con el desteñido de Roberto y dos años después murió su madre, con una sonrisa que confundía a todo el que se acercaba al féretro.

Dejó la silla para tomar unos bocadillos y regresó a su puesto, desde esa esquina aquello era una obra de teatro, Roberto contaba chistes, abrazaba a sus colegas y hasta cantaba canciones que nunca le había escuchado, de hecho, en casa, el silencio era casi ley, Julia prendía la radio cinco minutos después de que se cerraba la puerta, eso le daba la seguridad de que Roberto había alcanzado el camión en la esquina y que no lo volvería a ver hasta las dos de la tarde, a las tres y media repetía el gesto y así día tras día. Cuando en ánimos de mejorar la convivencia, es esos momentos que uno piensa que carga la buena racha, se le ocurría prender la radio, él, sin explicación, alargaba su esquelética mano dándole fin al intento. Por todo aquello, Julia abría muy grandes los ojos, como esferas plateadas, y se hacía más chiquita sobre la silla.

—Me llamo Claudia, soy la contadora ¿gusta algo más fuerte? Las fiestas de Navidad se extienden hasta la madrugada y un traguito las hace llevaderas. Nadie se va si no sale el jefe, no es regla, pero a él le gusta dejar el ambiente prendido y luego soltarnos, eso es lo que cada año repite, ya lo verá. Siempre nos preguntamos ¿Por qué nos desaira la esposa del Chispa? ¿sabe que le dicen así? Es de buena fe, nos cambia el humor cada que llega. Entonces, ¿un traguito? Tenemos mezcal y vino.

—Si, gracias, vino por favor.

Claudia regresó con un vaso hasta el tope para ella y otro para Julia. No tenían mucho de qué hablar, Julia fue maestra pocos años y desde que se casó pasaba el tiempo en casa atendiendo a Roberto, Claudia hizo unos intentos más y terminó por disculparse para hacer una llamada.

En su silla, con el espectáculo que el Chispa le ofrecía, los pensamientos de la mujer iban y veían agitando el vino que fermentaba su sangre ¿para qué le había propuesto matrimonio si con ella todo era

amargura y silencio? ¿Cuántos años más le esperaban de lo mismo? ¿O era una nueva etapa en la que él le revelaba su verdadero yo y ahora pondrían la música a todo volumen? Imposible, aquel extraño solo le mostraba que era feliz, que le hizo un favor y que mientras ella vivía de puntitas, él se comía el mundo a carcajadas.

Después del esfuerzo de Claudia por integrarla no hubo otros, las pocas mujeres evitaban su mirada y los hombres pasaban de largo por miedo a que les bajara el alcohol con su presencia sombría. Dieron las once, la una, las dos, y se cumplió el oráculo. El jefe de Roberto, un pequeño regordete rojo de borracho, pronunció su discurso, agradeció a cada uno y en especial “al chispa”, porque sin él la Navidad no sería la misma, luego se disculpó: ya los encaminé, ahora los suelto para que la pasen mejor, sin el lobo en la casa.

Para ese entonces, Julia se había servido varios vasos más y Roberto, pasados unos minutos se acercó a su lado.

—Ya nos vamos, mínimo despídete, has pasado toda la noche con tu jeta.

Salieron del edificio y regresaron sobre sus pasos, ahora, un poco tambaleantes, pero con la misma distancia, él delante de Julia cortando el viento. Mientras caminaban en las calles solitarias, Julia sintió el hueco en el estómago que puede dejar el silencio, no pasaban coches y la mayoría de las personas dormían a esa hora. Roberto giró la llave y sin cambiarse se dirigió a la cama. Julia, por su parte, vibraba, sentía como si los años a su lado se le hubieran regresado al cuerpo. Tomó una maleta pequeña, metió en ella lo importante y dejó la casa en busca de todos los sonidos que el tiempo junto a Roberto le habían quitado.

# Dime, niño, de quién eres

Crista Aun

Con su hijo en brazos y envuelta en una nevasca, la joven entra al cuarto donde vive. La multitud enfrascada en compras de último minuto, la cantidad de pesebres navideños y la algarabía de las fiestas incrementaron su agobio. Pone a la criatura sobre el colchón; a su lado, vacía la bolsa de friselina que le obsequiaron. De entre las prendas rescata un cobertor. Arropa al pequeño. La impresión del infantil pingüino con bufanda y gorra es insuficiente para aclarar su mente. Sus dientes castañetean, tiene los labios partidos, las manos entumecidas y el estómago vacío. El bebé llora. Le ofrece pecho, es inútil. Lo mece cantando como hacía con sus muñecas: Dime, Niño, de quién eres, todo vestidito de blanco. Dime, Niño, de quién eres, todo vestidito de blanco.

El viento silba entre las copas de los árboles y los cristales se escarchan. El calentador no enciende, tampoco la bombilla del techo.

Recorre el cuarto de lado a lado. Su desesperación se acumula tanto como la nieve en las calles. Se mira al espejo, odia el paño en las mejillas, lo opaco en su mirada, la incertidumbre, la imposibilidad de volver en el tiempo. Como los destellos de las luces multicolores que iluminan los escaparates, recuerda el rostro de su abuela, el calor de hogar y las risas de las que algún día gozó. Los berridos la exasperan. La frazada le calienta los brazos y aprieta al bebé. La Nochebuena se viene, la Nochebuena se va. Y nosotros nos iremos y no volveremos más. Es ella quien no tiene a dónde volver, el hambre y la violencia la obligaron a huir sobre vagones oxidados. Hunde la nariz en la cobija y cubre el rostro del niño. No lo besa. El olor a polvo la insulta, la suavidad de la prenda aviva su impotencia. Lo abraza con fuerza.

Sentada en la orilla del colchón, se balancea absorta. La humedad

le recorre la espalda como una gélida caricia. La pegajosa canción no se desprende de sus labios: Dime, Niño, de quién eres, y si te llamas Jesús. Soy amor en el pesebre, y sufrimiento en la cruz. La repite sin advertir el paso del tiempo; después, conforme la noche se pone y la nieve blanquea la ciudad, se la susurra con la cara húmeda y los labios temblorosos. Resuenen con alegría los cánticos de mi tierra. Por fin silencio. Su mundo reducido al insignificante cuarto de paredes desnudas y alacena vacía. Los huesos le duelen, la cama cruje. Y viva el Niño de Dios, que nació en Nochebuena. El sueño la vence acurrucada junto al pequeño.

Despierta sobresaltada. La luz de la calle apenas la ilumina. El viento golpea la ventana y el villancico retumba en su mente como un castigo. Soy de la Virgen María y del Espíritu Santo. Abre la frazada. El niño está tibio, duerme sereno. Feliz navidad, le desea, esfumando los pensamientos que la invadieron durante la víspera.



# Árbol de Manzanas

Catalina Ishtar

Se acercó al árbol y tomó entre sus manos la que se veía más crujiente para después girarla tres veces y separarla del tallo.

Chris podía sentir el frío navideño al acercarse a la ventana. Se levantó tarde; ese día tendría guardia. Tomó un pan tostado de la mesa, puso un poco de salsa de raíz de rábano picante y colocó la lengua entre el diente y el labio en señal de protesta al encontrar migas de pan de centeno en la mantequilla. Deslizó el corta quesos sobre las tostadas, las aderezó con cuatro rodajas de pepinillos y se sirvió un vaso grande de leche con un 3% de grasa. Al dar un sorbo al café, notó una creciente sensibilidad en los dientes, probablemente causada por la cafeína.

—Te has terminado la leche.

—Sí, lo sé. En veinte minutos puedo manejar hacia el supermercado; mi turno comienza hasta las 7 p.m.

Salió de la casa con cuatro capas de ropa, impermeable, casco y estrenando las muñequeras que Lia le había regalado en su cumpleaños.

Durante dos décadas, recorrió en bicicleta el trayecto hacia su trabajo, memorizando cada rincón del camino hacia el supermercado. Ingresó a la escuela de policía a los diecinueve años y no existía nada que anhelara más que usar el uniforme. No tuvo tiempo de rebelarse; su juventud no había sido fácil, pero últimamente, desde la detención de ese joven palestino, sentía la necesidad de replantear lo que consideraba correcto.

A los dieciséis años, Yussef ya ostentaba una barba notablemente prominente para su juventud, pero que armonizaba con sus raíces árabes. Aunque había nacido en Lund, sus padres provenían de Palestina, confiriéndole a Yussef una identidad física y cultural muy dis-

tinta. A pesar de haber venido al mundo en Suecia, cada vez que afirmaba ser sueco, experimentaba una incómoda sensación que lo llevaba a desentrañar el origen de sus rasgos. La senda de las pandillas, inaugurada por su hermano, pronto también se extendió hacia él.

A pesar de que la policía sueca tenía serios lineamientos sobre no intervenir mucho en disputas entre pandillas, Chris ese día hacía rondines por Rosengård en respuesta a una llamada de violencia doméstica, suceso típico en fechas navideñas. Las calles de uno de los barrios más peligrosos de Suecia, lleno de puntiagudas flores secas “hasthov” y ladrillos antiguos del arquitecto Thorsten Roos, servían de escenografía para mostrar el cuerpo desangrado de Yussef. Chris se acercó al chico mientras llamaba por la radio y se percató con tristeza lo joven que era.

Camino al supermercado vio cómo un coche perdía el control y chocó contra un poste, bajó de la bicicleta y corrió a ayudarlo. Estuvo ahí hasta que la ambulancia llegó, olvidó la leche en el césped de la acera y cuando regresó a casa tomó el camino corto porque quería robar una de las manzanas del árbol atemporal que su vecino tenía al frente de la casa. La escondió en su chamarra y siguió su camino.

La cena de Navidad se convirtió en una comida, ya que tenía que comenzar su turno a las 7 p.m. Era la primera vez que no pasaba Navidad con su familia y también la primera vez que la familia de Yussef no pasaba la Navidad con él.

Sentado en la mesa observando a los invitados, su mirada perdida, no quería hablar de más sobre ningún tema. Se había acostumbrado a no compartir información de su trabajo. El vino caliente navideño, el olor del arenque con clavo, cóctel de camarones, tostadas con salmón, galletas de jengibre, pan de azafrán. Escuchaba atento las historias navideñas que contaban, ¿quiénes eran esas personas invitadas a su mesa? No dejaba de pensar en el futuro que pudo tener ese chico. Lía tomó su mano, sabía cuándo pretendía estar, pero fallaba. Apretó su mano y se acercó un poco hacia ella susurrándole al oído.

—Hoy robé una manzana de Lars.

# Constelaciones

Karla Barajas

—¡Saca al Buitre de la sala! Va a orinar y acabamos de lavar los sillones —gritó el tío Miguel.

—¿A dónde, papá? A la calle no. El taquero roba perritos para su negocio. ¿Y si lo ponen en el trompo de carne al pastor? —le respondió Nadia.

—Los vecinos le temen. Augura muerte con su aullido. Recuerdas cómo ladró la noche en que murió, tú... Mételo junto con los otros perros. Apúrale, Nadia, van a llegar tus abuelitos, tías y primos —regañó tío Miguel.

—Miriam, ayúdame —Nadia me requirió apurada.

Nadia heredó la receta de pierna de cerdo al horno, tamales e incluso del mixiote. Le tocaba ser anfitriona de la cena de Navidad ese año, como tenía 16, mi mamá y yo la ayudamos con las compras y a hacer comida. La familia es bien crítica, así que dijimos: “Si nos dan el dinero, podemos solas hasta con la ponzoña”. De ahí salió para las uñas de la prima y el planchado de nuestro cabello. Yo tenía 14. La cena era para ella un infierno en el paraíso; quería entregarse a la glotonería mientras la preparaba. Salivaba al meter la carne al horno e inhalar el olor de la mistela.

—Se requiere un espíritu bien fuerte para deshebrar el quesillo sin tragárselo a escondidas. Ayúdame con eso, acabo de ponerme las uñas, Miriam.

—En la cocina me dan comida, no cualquiera, la mejor. Piensan que estoy desnutrida—. Nadia torció los labios y dio palmaditas en mi estómago antes de irse a corretear a su perro rebelde.

De su madre sacó la facilidad para robustecer y recetas para bajar de peso. Años de práctica y dietas, como la de la luna, licuados de nopal con piña y perejil por la mañana, purgantes y el famoso té de “Las tres bailarinas”, que a tía Azucena le ocasionó problemas con el control de esfínteres y siguió recomendando en cada reunión. Nadia descubrió su secreto porque la tía corrió al baño más de una vez, le pasó calzones limpios y encontró algunos manchados en la basura y con aflicción lavaba otros. No fue a un médico.

Nadia contó cosas terribles, quizás por ser adolescente o chismosa, tal vez porque la tía agarraba las fiestas para quejarse de su hija mayor o la chantajeaba con que iba a morir por los corajes que le hacía pasar, los cuales eran: se rehusaba a cuidar a sus hermanos todas las tardes y limpiar la casa, los otros dos hijos eran haraganes. De todas maneras, algunos familiares la culparon de la muerte de la tía Azucena. Hasta cuchicheaban cuando Nadia estaba cerca: “Por su culpa murió”.

—Ve a la tienda y compra los hielos para el refresco —me ordenó Nadia, al regresar.

—Oye, te quedó muy buena la ensalada de manzana —le dije.

—No la probé —contestó fastidiada.

—La tía no te regañará por tus atracones —le respondí e intenté meterle una cucharada a la fuerza. Nadia la aventó. Los perros escaparon del cuarto, uno lamió el piso. Los pequeños pelearon por la cuchara.

—Ya no me cuida mi mamita. Dios la tenga en su santa gloria, la pobrecita. Si hubiera ido al doctor, hacía años que no visitaba al ginecólogo ni a ningún especialista. Le daba pena. La enfermedad se perdona a las viejitas, pero no a alguien de 40 años. Los médicos le indicaron, sin importar la dolencia: “Doña Azucena, baje de peso”. No le creían, lloriqueaba diciendo: ‘es hereditaria, mi mamá era de huesos grandes, mis tías, sobrinas... mi hija’ —dijo con un tono cargado de cansancio y resentimiento.

—Yo no y casi ninguno de los primos o primas. “Las gordibuenas” agarran cuerpazos, con dietas y ejercicio. Piernotas y chamorros identifican a nuestro linaje —le dije con sarcasmo. Las mías son flacas y peludas.

—Papá se burla: Piernotas, chamorros, ¿acaso son cerdos? Esas eran las conversaciones de adultos, doble sentido, bromas hirientes que me lastimaban —me dijo Nadia como si me estuviera regañando.

—Las demás disfrutamos comida gratis y abundante, nos vale eso de los kilos. Esperamos con ansias las piñatas en las que hay dinero, chocolates y paletas baratas; los alcohólicos, el alcohol; los niños, la pirotecnia. Luego de los juegos artificiales, gozar del cielo y las constelaciones. Inventar nombres a las estrellas, imaginar las líneas blancas que se unen como si fueran un linaje. Tu mamá me daba muñecas y dulces —le dije.

Pero sí me daba cuenta de que para los chismosos Navidad es una convención de adictos al chisme y les gustaba comerse a la prima, porque la tía Azucena la ponía en charola de plata.

Quitando a los sensibles hasta los perros son felices, levantan migajas o rascan nuestras piernas. Disfruto las posadas. Abrazar a los abuelos y a la familia junta. Cantar; Zagales pastores... mientras quemamos chispita. Además, de chicas estrenamos ropa. Bueno, vamos a la paca y agarramos trapitos de segunda, tercera o cuarta mano. Recibimos regalos de los abuelos y algunos tíos.

Ese año, mi prima se puso bien buena. Entró al gimnasio, empezó una dieta. “Es todo gracias a la genética familiar, ya te va a tocar embarnecer”, me explicaba mi madre. “Tu tía Azucena tenía un cuerpo como el de Lyn May, antes de tener a Nadia. Luego sus pies se le hincharon como patas de elefante y la gordura le fue subiendo hasta los cachetes”. También Nadia me contaba esa leyenda, pero ni ella ni yo recordábamos o encontrábamos esos cuerpos de vedettes en las fotografías de su juventud. Me daba igual, pero me preocupaba mi prima, no podía comer ni una papita sin que la regañaran, incluso ahora con su mamacita muerta.

La razón más importante del cambio físico de Nadia fue la pérdida de mi tía Azucena. Mientras cocinábamos, confesó que en el funeral se iba a atascar de tamalitos y café. Las mujeres los sacaban de la paila y ella estaba por comerse el tercero, casi hirviendo, cuando el espíritu de su mamá movió la cabeza de un lado a otro para impedirlo. En ese

momento, el Buitre lloró y no paraba. Una vecina se puso a rezar.

—Supe que era mi difunta madre por el olor a talco Maja y porque frente a mí había una especie de sombra con la complexión exacta de ella. Sentí su presencia y esa sensación de inseguridad, de que me va a regañar o reclamar algo —dijo Nadia con voz quebrada.

—La tía nunca fue mala. Me entregaba muñecas cada año. La crees así para no cargar con la culpa de su muerte —le respondí con cierto disgusto.

—No es mi imaginación. El perro sollozó desde un día antes de la muerte y siguió siete días. Se hizo de mala fama porque cuando murió el carnicero que le regalaba sus huesitos, también lloró una semana y empezó un día antes. El pobre especuló que se le había atorado el hueso y por eso se quejaba. Se corrió el rumor.

—¿Nadia, es cierto?

—Tal vez. Los suyos no parecen aullidos, se escuchan como una mujer que sufre y se lamenta a escondidas en un cuarto vacío, que en su situación de soledad se alimenta del dolor.

—Debes ir a las constelaciones familiares. Te ayudarán a sanar tu linaje materno y la relación de odio y amor con tu difunta madre. ¿De qué murió la tía?

—Miriam, no sé. La familia cuida de sus enfermos, pero aquí no nos dio tiempo de despedirnos. Se murió y ya.

—¡Nadie muere y ya!

—Tal vez la mató la diabetes, algún tratamiento de belleza, se inyectó biopolímeros en los labios y no sé qué ácido para quemar las lonjas.

—O un coraje como decía —le contesté.

—O el esfuerzo por ir a clases de zumba. También sospecho que fue alguna pastilla que se metió, el Piñolep o productos raros.

La tía, desde que Nadia era chiquita, la purgaba para que no engordara. Una vez me quiso dar una cucharada de aceite y hui. Esto que voy a contar no lo repitas. Dice Nadia que era bulímica, desde chiquita, su mamá la cachó y le pegó. Le dio malos consejos, que era mejor no comer, ella siguió con su problema, estaba enferma. La

internaron, eso nunca lo contaron en la familia, hay mucho que callan, una se entera. Regañaron a la tía y las mandaron a la nutrióloga y a la psicóloga. Nada más llevaron a Nadia, un tiempo.

La tía Azucena la culpaba de ser gorda, de que la hacía enojar y por eso le dio diabetes e hipertensión. Nadia se sentía culpable. Diría que eso de que su mamá la vigilaba después de muerta, era exageración, o locura, sin embargo, en la cena pasó algo que nos puso la piel chinita.

—Qué importa si subo de peso o bajo. Estoy enferma y no quiero quemarme la garganta por el vómito. Ni pretendo contar calorías o hacer chistes pendejos de mi cuerpo, porque sí lo quiero y es mío —dijo Nadia, quien oyó eso de Camila Cabello y se inspiró. Aunque la tía tenía traumas, quería a Nadia, por eso la cuidaba.

La prima agarró papitas de la mesa, se sirvió un vasito de mistela, chocolate, se metió un puño de cacahuates y siguió picando de todo. El tío, espantado, la mandó a traer más botana.

—Hijita, pon patitas envinagradas.

—Déjala comer, al rato que siga sirviendo. Ayúdale, Miriam —indicó mi mamá recién llegada del salón de belleza.

La prima se metía tostadas y botanas. Acabó la ensalada rusa y tomó varios vasos de refresco. Absorta en el vacío, como si alguien la observara, dejó la tostada a la mitad. Pálida, su nariz ancha se abría y cerraba. Corrió al baño. “Esta va a vomitar” deduje y la seguí. Puse mi oído pegado a la pared, como dije, mi familia es chismosa. Junto a mí estaban mis sobrinos, poniendo la oreja en la puerta del baño y hasta los perros que se salieron del cuarto tenían las narices metidas en las ranuras. Por más que hacía señas de que se fueran, me ignoraban. La luz se apagó. La música a todo volumen dentro de la casa paró, también la del arbolito de navidad.

Nos salvaron las velitas para pedir posada. Le toqué y abrimos por la fuerza, percibimos una sombra oscura alrededor de la prima abrazada a la taza de baño. El perro empezó con sus ruidos raros. Se me revolvió el estómago.

La luz volvió. El Buitre seguía bramando junto con los cachorros de la casa y de los vecinos. Escuchamos decir “¡Adiós, mamá!”, mientras

bajaba la palanca. La prima había vomitado, dijo que al principio la invadió el miedo, luego hizo las paces con su mamá. Los niños corrieron y contaron que el espíritu de la tía Azucena estaba con nosotros. Mi mamá gritó que era un milagro, su hermana estaba ahí en un día tan importante, lleno de unión familiar.

Del baño salió Nadia a dar su testimonio, luego de lavarse las manos.

—Sentí a mi madre, sabe que algunos me culpan de su muerte y dice que eso está mal. Ella me ama y no se podía ir sin decirme que no fue mi culpa. Me quiere y espera que ustedes también lo hagan y me dejen de criticar y al cuerpo de los demás.

Si no fuera por la presencia de la sombra y el perro que no dejaba de aullar, diría que fue mentira. Sin embargo, en la mesa ya no se habla del peso, dietas y cirugías, seguimos buscando constelaciones en el cielo. Así sanamos.



# Tamales de carne enchilada

Fernanda Meraz

Veo a Yola sobre sus rodillas, empinada en una tina grande que reposa en el piso. Bate a mano la masa de maíz. Pienso que el homenaje se pasa de dramático. ¿Qué buscará con esa devoción? Una cosa es hacer tamales y otra que sean al estilo abuela villista.

Es la segunda vez en dos décadas que nos juntamos las tres a preparar tamales. Y en casa de Yola, eso es nuevo. La primera fue diez años después de que papá murió. No nos atrevimos antes. Asiduas a la cocina, es claro que no somos. Yola sí, pero lo cierto es que no prepara sus delicias para invitarnos. Debo decir para invitarme a mí. Sé que a Emma la busca de vez en cuando para verse.

En mi retórica mental, siento que Yola y yo nos amamos profundamente, pero ella prefiere quererme de lejos. Tengo un par de sospechas sobre la causa, aunque son elucubraciones mías, motivadas por mis propias culpas.

La causa que encuentro más clara es de la época en que murió papá. Ese año entre las tres asumimos los cuidados de su deteriorada salud. Padecía insuficiencia renal y en enero había sufrido una caída que ocasionó la fractura de dos costillas. A sus ochenta años durmió sentado varias semanas por el dolor que le causaba respirar acostado. Se recuperó, pero la fragilidad de su cuerpo aumentó. Debido a los cuidados que necesitaba, papá se mudó a una residencia para ancianos. Fue una decisión difícil, sobre todo hablarlo con papá. Entre todos nos esforzamos para convencernos de que era la mejor opción: tendría enfermeras las veinticuatro horas, una dieta muy cuidada, actividades de estimulación, médico especialista. ¡Qué más puedo pedir!, exclamó papá.

Todavía hoy recuerdo el lugar y lucho por expulsar la sordidez de mi memoria. Repaso todo lo bueno, como una checklist de autoconvencimiento: la sala en el segundo piso donde charlábamos; el balcón con vista al jardín en el que le gustaba que camináramos ida y vuelta un montón de veces; el jardín mismo con su gran fresno y multitud de buganvillas en donde nos sentábamos, bajo la sombrilla de la mesa blanca, algunas mañanas soleadas; la habitación con sus muebles y objetos preciados: el silloncito de lectura, los álbumes de fotos, los retratos de mamá, la cama individual, que no era la suya, con el odiado barandal (recuerdo deprimente que se ha colado entre lo bueno). Otro malo: los entrepaños del clóset llenos de paquetes de pañales, papel higiénico, toallitas húmedas y medicamentos.

Fueron meses de dedicación y cercanía con mi padre. Había echado al saco de la basura viejas heridas y resentimientos contra él. En su fragilidad lo amé como no lo había hecho antes. Y él también me amó mucho, con plena confianza y entrega.

Una embolia cerebral lo condujo al quirófano la mañana del 24 de diciembre. El día anterior había amanecido, aletargado arrastraba la lengua al hablar y sus movimientos eran torpes. Después de estudios y análisis clínicos, el neurólogo nos habló de la suerte de que el coágulo pudiera operarse. Así lo creímos. Pasamos Nochebuena en la sala de espera de cuidados intensivos. La angustia me carcomía, estoy segura de que a mis hermanas también, pero nos mantuvimos bromeando, riendo al recordar anécdotas con papá y su ingenio para poner apodos. Ya en su vejez, entre nosotras, a él le decíamos Suri, por la manera en que inesperadamente detenía la marcha y observaba a su alrededor como un vigía. Un auténtico suricato.

A las cuatro de la mañana, tomamos turnos para entrar a verlo. Era una criatura minúscula con la cabeza vendada y enchufado a tubos y aparatos que piaban lastimeros. Con mis manos cubiertas de látex sujeté los dedos lánguidos de su huesuda mano amoratada. Solo sentí frío. Cuarenta y ocho horas en cuidados intensivos. Dos días en la sala de espera, a ratos en la gélida cafetería del hospital. Me aparté un

momento de mis hermanas para llamar a Gina, nuestra amiga y vecina de la infancia. Siempre juntas. Papá se muere, dije entre mocos y toses de llanto desbocado, creo que debes venir a despedirte. Te advierto que mis hermanas no saben, pero tienes derecho. Pasé por ella al amanecer, la dejé en la puerta del hospital y me fui. Vagué horas por la ciudad, sin rumbo. Entrada la noche regresé, mi padre había muerto.

No me ofrezco a batir la masa a sabiendas de que Yola me dirá lo mismo que mamá solía responder: tú no porque eres zurda y la cortas. Echo un vistazo a la cocina y veo que ya ha preparado varios guisos; sin carne, por supuesto. Desde hace tiempo si ella es vegetariana, el mundo también. Me pregunto cómo sabrá esa masa sin caldo de cerdo. ¿Y sin carne enchilada?, si de eso se tratan los tamales estilo Suri. En fin.

—Yola, ¿pongo a remojar las hojas de maíz?

—No hace falta, eso lo hice ayer. Mejor sírvenos un mezcal.

—¡Ya vas! ¡Buah! No hay tobalá, el que más me gusta.

Apenas lo digo y me arrepiento.

—A mí me encanta el espadín. Pruébalo, está muy bueno.

—Sí, lo sé. Perdona, sonó a reclamo, pero no fue mi intención. ¿No haremos los famosos tamales de carne en chile colorado? Me hubieras dicho y yo la hago.

—No hacía falta, Emma la va a traer. Ya no debe tardar.

Preparo la mesa para envolver los tamales. Al centro el espacio para la tina de masa. Alrededor las cacerolas con los guisados, cucharas para cada quien y un par de recipientes con las hojas remojadas.

Emma entra, me sorprende que no llame a la puerta, sino que usa su propia llave. Detrás de ella, Gina. ¿Gina viene a preparar tamales?, me digo, ¡qué sorpresa! Todas saltamos de júbilo, nos abrazamos y nos decimos cuánta alegría nos da volver a estar juntas.

—Sírvenos más mezcal, Lu, dice Yola, anda, que quiero brindar por ti.

—Y mira, no hay homenaje sin carne enchilada, dice Emma mostrando un paquete con el guiso.

Levantamos nuestras copas y es Gina quien dice: ¡Salud! Porque estamos juntas para homenajear a papá esta Nochebuena.

# Blanca Navidad

Marcia Ramos Lozoya

La noción del tiempo a veces hace estragos entre lo que he amado y el tiempo que he perdido colocando cada esfera, dándole sentido a los doce meses que pasaron y comprobando que aquel viejo propósito se ha derrumbado como nuevamente la estrella que justamente ha caído de la punta del árbol. Pensé que un abrazo sería suficiente para unir en un lazo, la orfandad entre un padre y su hija, pero yo sabía que no.

—Es que se lo dije, se lo dije mil veces.

—Pero, escucha a la niña.

—¡No ves que es toda una mujer!

—Le dije que no me causara problemas, ¡carajo! Yo la recomendé

—Ya te dijo que no fue su intención.

—Es que nunca es su intención.

Con esas últimas palabras, cogí mi maleta y me alejé lo más que pude de casa. Cada navidad iba con la incertidumbre, el miedo en el temblor de las rodillas y la mirada sostenida en el pavo que hace mucho no disfruto. Como negarle a mi madre la asistencia de su única hija a la cena de navidad. Cargo con el peso de ser su único orgullo y a veces felicidad, no puedo evitar apretar los labios y no reclamarle a mi padre que me trate así. Aunque entre con un abrazo a su casa como una bandera blanca en medio de la guerra.

—Hay que guardarle al Sr. Hernández, no olvides el relleno y los romeritos.

—Pero ¿no le vamos a dar a tus hermanas y tus sobrinos?

—No, ellos hicieron su propia cena.

—¿Y qué hay del señor que te ayudó a arreglar el carro?

—No, mujer, entiende, esto es para mi jefe.

—Es que no sé si va a alcanzar, quiero que Gloria se lleve algo.

—Todavía... Después de la vergüenza que me hizo pasar. Es que me parece increíble.

—¿Qué es increíble?

—¿Cómo trataste al sr. Hernández? Es que no parece que te crié junto con tu madre.

—Quizás aprendí del mejor.

—Controla a tu hija, porque yo creo que ni mía es.

—Ya me voy.

—No, hija, espérate. Ándale.

—No, creo que aquí no soy bienvenida.

—Pero, es tu casa.

—Mi casa no es, es de tu esposo y de su jefe.

—Esta chamaca parece que no le pagué sus estudios.

Madre se enjuaga las lágrimas derramando Axion en cada plato y cubriendo el coraje con el estropajo. Dice que la comida mucho tiempo pegada se vuelve cochambre y que hay que tallar bien, borrar todo y acomodar cada plato limpio. Repite que sucio es mejor, que se quede remojando y guarda silencio. La ayudo a secar, me toca el hombro y me pide que lo perdone. Pero, yo no puedo, no quiero y no debo.

Es que mi padre no entendió cuando le expliqué que cuando salí de la oficina, su jefe me dijo que me daba "raite" y que al cabo ya sabía dónde vivía. Para no ser grosera, accedí y mientras miraba como el semáforo cambiaba de color en completo silencio, su jefe puso su mano sobre mi pierna. La cual yo retiré y jaló de mi mano para ponerla sobre su pene flácido. "¿Qué no te gusta?", dijo, mientras me mostraba sus dientes en una larga sonrisa. Di un grito hondo y saqué la navaja que tenía en mi bolso por cualquier cosa, porque a veces ser mujer se trata de que cualquier cosa mala te puede pasar. Le di una puñalada en medio de la mano y me bajé corriendo. Al día siguiente, mi padre me marcó furioso y reclamó que estaría endeudado por mi culpa.

Años después, mamá llama por teléfono para invitarme a pasar la cena a su lado hasta dijo que podía llevar a mi novia. Entonces, comprendo que mi padre ha muerto y que es una blanca Navidad.

# Mayita

Verónica Miranda

A sus tiernos nueve años, Mayita vendía chicles en los convoys del metro, los ofrecía elevando su voz lo más que podía, describiendo los deliciosos sabores y la presentación.

*Aproveche, señor, señora, joven, señorita, se va a llevar un paquete de chicles marca Sonric's con los dulces y frescos sabores de: zarzamora, hierbabuena, menta y canela. No pierda la oportunidad, no son piratas. ¡Llévelos, llévelos, sólo a cinco pesitos!*

La cara de la niña estaba sucia, pero era linda, tenía una sonrisa desdentada muy tierna. Llevaba el cabello lacio atado con una dona de estambre. Traía los pies desnudos, un pantalón desgastado y una playera con una estampa de Hello Kitty descolorida. A ella le gustaba observar a las niñas de su edad que iban de la mano de sus padres. Suspiraba hondo mientras cambiaba de vagón y pensaba en lo "chido" que sería tener papás y no a esas personas que se decían sus tíos, pero no eran más que unos explotadores.

La conocí en la estación Mixiuhca del metro, ahí hacía su parada todas las tardes y después se iba. Por eso, anoche veinticuatro de diciembre, me extrañó verla. Eran en punto de las doce y teníamos la encomienda de revisar que nadie se quedara en los pasillos de la estación. Me tocaba la guardia y no tenía prisa por terminar rápido, así es que caminé por todos los pasillos, por las escaleras de entrada y transbordo. Los trabajadores de la limpieza aún no hacían su llegada, puedo decir que hice mi rondín únicamente con el ojo vigía de las cámaras de seguridad. Caminé por el andén y me percaté de que en la escultura de piedra que está precisamente a la mitad, ahí, debajo de la

imagen que representa a una mujer recibiendo a un neonato, ahí estaba en posición fetal la pequeña Mayita. Dormía profundamente, pero la tuve que despertar. Brincó del susto y corrió en busca de la salida, la seguí mientras le decía que ya estaba todo cerrado, pero que daría parte a mis compañeros para que la llevaran con sus padres. Ella me explicó que no tenía padres y que sus "tíos" la iban a regañar muy feo por no llegar a casa. Escuché un ruido y mi instinto me hizo voltear y la perdí de vista.

Fueron unos segundos, no sé cómo pasó, la niña se había escapado, al menos eso pensé. Me tomó media hora más y entre los monitoristas y dos compañeros no la localizamos. Dimos parte y salimos a cubrir nuestro turno.

Hay muchas historias de vidas que suceden en el metro: están las de los suicidas, los lanza objetos, los rateros, los esquizofrénicos, los vendedores y un largo etcétera que no acabaríamos nunca. Pero la historia de Mayita se quedó en mi corazón... Sucedió que esta tarde, después de entregar mi turno, tuve oportunidad de ver las grabaciones de las cámaras de vigilancia, ahí estaba Mayita en grabaciones de días pasados, cuando llegaba a la estación Mixiuhca del metro y se recargaba primero en la gran estatua, después acariciaba la figura maternal y al final se recostaba en el piso hasta que alguien la despertara o bien, ella misma "desaparecía" por decirlo así. Me las han mostrado varias veces y no les hago entender lo que yo mismo presencié y que ante las cámaras se difuminan, se pierde.

Sucedió algo que mis ojos se negaran a decir que lo vieron, o al menos que no fueron producto de una alucinación. En Navidad abrimos la estación a las siete de la mañana, pero vamos revisando desde una hora antes que todo esté bien. He sido testigo de un milagro. Encontré a Mayita. Claramente, la vi parada frente a la estatua y acarició de forma tierna a la mujer de piedra y fue entonces que aquella escultura tomó forma y vida para levantar a la niña hasta su pecho, darle un beso de amor y posarla con ella en esa imagen pétrea. Allí están, son como madre e hija, la forma de vida que el escultor quiso expresar con sus delineados, la imagen sensitiva de esta ciudad. Quién sabe si Mayita baje mañana a vender sus chicles en los trenes del metro, ya la estuve

llamando, pero sólo la veo sonreír con su dentadura chimuela dibujada en la piedra de la estatua de la estación Mixiuhca del metro de la Ciudad de México.



# Jesús migrante

Tere Becker

*Y los buenos me preguntarán: “Señor, ¿cuándo te vimos con hambre y te dimos de comer? ¿Cuándo tuviste sed y te dimos de beber? ¿Alguna vez tuviste que salir de tu país y te recibimos en nuestra casa, o te vimos sin ropa y te dimos qué ponerte? No recordamos que hayas estado enfermo, o en la cárcel, y que te hayamos visitado.” Yo, el Rey, les diré: “Lo que ustedes hicieron para ayudar a una de las personas menos importantes de este mundo, a quienes yo considero como hermanos, es como si lo hubieran hecho para mí.”*  
Mateo 25:37-40

María Aura había caminado, nadado, corrido, escapado y llorado, no sabe ya cuántos días. El peso de su mochila en la espalda se compensaba un poco con el de su abdomen dilatado a poco más de seis meses de gestación. Llegó a Chiapas exhausta, con su piel morena enrojecida por el sol, con el cabello revuelto en una coleta amarrada en la nuca. Salió de Colombia un mes antes, escapando del peligro, luego de que Ángel, el padre de su bebé, hubiera desaparecido en medio del fuego cruzado entre la guerrilla y la policía.

Sus pies hinchados latían dentro de sus tenis sucios, como si tuviera el corazón en las plantas. Caminaba hacia el frente como por inercia, sin tener un rumbo fijo, pero con la esperanza de encontrar algo o a alguien que la socorriera. Ni siquiera sabía dónde estaba, lo único que sabía era que hacía ya un par de horas había visto un letrero que indicaba que había llegado al municipio de Chilón. El dinero y el agua ya hacía rato que se le habían acabado, sus labios estaban secos y el paladar se pegaba a su lengua. Recordaba constantemente el llanto de su mamá y su bendición al despedirla. Habría deseado quedarse a su lado, pero temía por su vida y la de su bebé, por si los hombres que habían acabado con Ángel buscaran silenciarla.

Sus pasos eran cada vez más lentos, sus piernas y brazos le pesaban. De pronto, comenzó a sentir la mirada oscurecerse y como si agua helada le escurriera en la nuca... Luego, despertó encima de un montón de tablas apiladas. Confundida, quiso incorporarse, aunque la cabeza le dolía.

Los ojos castaños de José la recibieron, su sonrisa amplia era enmarcada por un rostro de bronce y un cabello negro, opaco y lleno de aserrín.

—¡Ya despertaste! Qué susto me diste —dijo, mientras sus manos laboriosas volvían a tallar las tablas de madera—. ¿Ya desayunaste? Seguro que no. ¿De dónde vienes?

—Soy colombiana —dijo—. De Cali.

Esos nombres le parecieron a José completamente extraños. Aun así se acercó y le extendió la mano.

—Soy José López, de Belén, Chiapas — ¿Cuánto tienes?—preguntó mirando su abdomen.

—¡Ah! Voy para siete meses.

Luego desvió la mirada para no seguir hablando, mientras en su mente, repasaba la historia de los motivos y cada situación a los que se enfrentó hasta llegar ahí. Se levantó lentamente, buscando con la mirada su mochila, que aguardaba encima de un montón de palos. La tomó y la acomodó en su espalda.

—Muchas gracias y disculpe la molestia—. Luego, se encaminó hacia la salida.

—¡No, no, no! ¿Cómo gracias? Son 10 pesos. ¡Ah, no te creas! No, ya viene mi tía con algo pa' comer. Espérate un rato —dijo José, con una sonrisa amplia—. Mira, mientras échate un trago de pozol, es de la mañana, todavía está bueno.

El jarro contenía un líquido blancuzco y espeso y era la primera vez que ella miraba y probaba algo así, aunque era un sabor extraño para ella, aquello le pareció delicioso y fresco.

En tanto esperaba, María Aura tomó una escoba y empezó a barrer la carpintería. Juntó el aserrín, los sobrantes de madera y se sentó en una banca que estaba afuera. Mientras miraba el camino, pensaba en lo

mucho que había dejado atrás, en aquellas vecinas que la criticaban por ser una madre sola, en el dolor de haber perdido a Ángel. Se sentía sola, pero hablaba con su bebé y eso la hacía sentirse mejor.

“Ríe, chinito, se ríe y yo lloro porque el chino ríe si mi...”, tarareaba de vez en cuando una canción, mientras se acariciaba la panza.

Luego llegó Isabel, la tía de José, con tortillas, frijoles y queso. La miró con extrañeza, y su mirada fue interceptada por la sonrisa tenue de María Aura, a quien llamó su atención la falda de flores y el calzado de plástico. Pasaron unos segundos y sin decir nada, Isabel entró a la carpintería. María Aura no se atrevía a entrar, no sabía qué reacción tendría la tía de José, le pareció una mujer seria y eso la puso nerviosa. Escuchó que ambos hablaban en una lengua que ella no conocía y entonces José la llamó.

—No es de aquí, no sabemos qué mañas tenga —musitó Isabel mientras ella entraba. Dejó la bolsa y salió nuevamente.

Luego de compartir la comida, José le ofreció quedarse en la carpintería y cuidar por unos días, al menos mientras planeaba qué rumbo tomar. María Aura vio esa propuesta como la más grande bendición que podría tener justo en ese momento y, aunque con algo de temor y reticencia, aceptó.

Los días que planeaba quedarse se convirtieron en varias semanas, en las que no fue nada complicado que los ojos de José López se enredaran entre los cabellos crespos de aquella mulata colombiana. Las pláticas vespertinas eran largas, después del café de olla. Aunque Isabel de vez en vez seguía refunfuñando y murmurando, igual que todo el pueblo, porque Belén es una comunidad pequeña, llena de laderas y árboles altos de coníferas, donde el viento corre fuerte, igual que las noticias.

La negrita, como le decían, levantaba sospechas, miradas y suspicacias. Unos decían que era bruja, que su hijo era del malo. Otros que ya conocía a José López desde antes, que el bebé era suyo, que seguro lo envolvieron con amarres.

Pero había una niña en el pueblo a quien sólo le parecía curiosa su cabellera, y hasta pasaba diario cerca de la carpintería, sólo para verla.

Raquel, de trece años, cuidaba ovejas, apacentaba el rebaño desde la casa hasta el monte y de regreso. Y procuraba pasar frente a la carpintería tan seguido como podía, y así fue que se hizo su amiga.

Era ya diciembre y el frío calaba fuerte en todo el municipio de Chilón, cuyo paisaje lucía desdibujado por tanta bruma. José cargó su burro con palos, para ir a venderlos entre las casas. Con el clima, se auguraba una buena venta, pues todos querían mantener el fogón encendido. Mientras jalaba al burro, María Aura lo miraba alejarse por el camino de piedras y tierra, y volvió adentro. Fue entonces cuando el primer dolor le atravesó la cadera. Pensó que sería por el frío, pues aún faltaban dos semanas para dar a luz. Así que se cubrió con un chamarro de lana que tenía José y se acostó sobre las maderas. Poco a poco el dolor fue cediendo, pero no pasó media hora cuando regresó de una manera más fuerte. Entonces comenzó a preocuparse. Estaba sola de nuevo, completamente sola. Se cubrió bien el chamarro y se puso en posición fetal sobre las tablas. Aun así, el frío acrecentaba el dolor que circundaba su cadera y su abdomen. Los dolores eran cada vez más constantes y ella en su corazón sólo rogaba porque José regresara lo más pronto posible.

Fue entonces cuando Raquel entró. La miró acostada de lado, sudando a pesar del frío y sus ojos se dilataron pues, aunque ella nunca había parido, había estado cerca en los partos de su mamá y sus tías. Le dijo a María Aura que no se preocupara, que iba por ayuda, pero al encaminarse a la puerta, llegó Isabel. Como de costumbre, frunció el ceño. Le dijo a Raquel que pusiera agua a calentar en el fogón de atrás, y que trajera un mecate gordo. Luego, se sacó la enagua de manta que usaba debajo de la falda de flores y la hizo pedazos. Ayudó a María Aura a incorporarse, colgó el lazo de la viga con ayuda de Raquel y la sentó en cuclillas.

—Ahora sí, negrita, ¡le vas a pujar con harta *juerza*! Agárrese —le dijo mientras acomodaba su reboso alrededor de la panza de María Aura, a manera de cinturón. Afuera de la carpintería, el rebaño de Raquel esperaba, balando fuerte, como si presintieran que algo especial estaba ocurriendo.

María Aura, colgándose del mecate, pujaba con todas sus fuerzas y mientras lo hacía, recordaba a su madre, a Cali y a Ángel. Sus lágrimas grandes y brillantes rodeaban en sus mejillas hasta esconderse en la comisura de sus anchos labios.

De pronto, el silencio se hizo. Hasta los balidos cesaron por unos minutos. Y ese silencio enmarcado por la oscuridad de la montaña de pronto fue roto por el llanto potente de un pequeño, mulato como su madre.

José, que regresaba en el burro ya sin carga, alcanzó a oír hasta la loma y apuró el paso. Pero como el burro estaba cansado, se bajó y comenzó correr y a jalarlo.

Cuando llegó, el bebé estaba entre los trapos, en los brazos de María Aura, que lloraba y mostraba su blanca y hermosa sonrisa como nunca antes lo había hecho. José López se llevó las manos a la cabeza y, antes de que nadie viera, se limpió un par de lágrimas fugitivas.

—Es un niño —dijo Isabel, sonriendo por primera vez frente a María Aura—. Nació sano, fíjate y en la mera Navidad.

—¿Cómo se va a llamar? —preguntó José.

María Aura sólo sonrió.

# Luces de Navidad

Ana Pérez

Las luces del árbol se apagaron súbitamente. El estruendo de un rayo cayendo en uno de los cerros cercanos, retumbó en los huesos. Una lluvia torrencial canceló los planes del pavo y del tradicional brindis de cada año, para agradecer las bendiciones recibidas.

Siempre era la primera en el brindis. La niña pequeña de casa. Un remolino enano que daba vueltas y vueltas, mientras los adultos corrían de un lado a otro adornando la casa, colocando guirnaldas en las paredes, formando arcos en los que colgaban brillantes esferas y flores de nochebuena rojísimas. El mundo giraba a un ritmo acelerado, mientras se paraba frente al árbol de navidad, embelesada por los foquitos amarillos que lo iluminaban todo. Encontraba entonces una mirada curiosa, devuelta por su reflejo en las esferas, con su carita redondeada y puesta de cabeza, con sus deditos, acortando la distancia entre ellos y la esfera que se mecía suavemente frente a ella. Y al fondo, el grito desesperado de su madre. Que no tocara nada, que lo podía romper.

Se confinaba entonces al sillón de una sola plaza. Sus piernas pequeñas no alcanzaban siquiera a colgar por el borde del asiento, apenas quedaban afuera sus piecitos, que chocaba uno contra otro al compás de los villancicos que escuchaba en el radio viejo de la abuela, mientras veía la Nochebuena seguir su curso.

Papá construía una pirámide de leña para la fogata que encendería más tarde con sus niños, en la que asarían salchichas y bombones incrustados en varitas de madera que previamente ya había lijado para retirar todas las astillas que los pudieran lastimar. Su par de hermanos vestían de gala el comedor, con la vajilla que solo salía de la alacena

precisamente en esas fechas, con cuidado de no dejar caer nada, porque las que vendían ya no salían igual de resistentes.

Mamá y la abuela parecían mover el mundo a otro ritmo; danzaban en la cocina, del fregadero a la estufa, sacando las tapaderas del horno, porque ahí es dónde van guardadas, y su nariz percibía aromas de guayaba, mandarina, caña y el olor de la cena casi lista, despertaba su apetito que parecía gritar desde lo más profundo del intestino.

Los recuerdos se desvanecen al sentir sus uñas clavarse en la tapicería del sillón. La tela ya no es la misma, pero su madera guarda memorias tan profundas.

Quizá han sido 5 o 20 minutos los que lleva sentada en medio de la oscuridad. Se detiene a ver a través de la ventana, hay luces encendidas del otro lado de la calle. Se levanta del viejo sillón para buscar fusibles nuevos en el cajón izquierdo del gabinete blanco, donde papá los tomaba cada vez que le pedía que lo ayudara a crear luz cuando algún corto se la llevaba. Jamás prestó atención cuando le explicaba cómo debían colocarse.

Sale al patio delantero y va al fondo de la fila de plantas que mamá dejó de regar en los últimos meses. Las hojas que restan en las macetas se mecen sin oponer resistencia a las corrientes gélidas que las abrasan. Tirita un poco e intenta convencerse de que no hace frío, buscando a tientas en la oscuridad la caja de la luz.

Termina de recorrer la pared, reconociéndola con la yema de los dedos, sin que sus ojos se acostumbren a la oscuridad. Abre la caja de fusibles más por casualidad y explora en su interior. Siente el pequeño tubo, el que tiene la forma de aquellos fusibles escondidos en su mano izquierda y lo arranca sin pensar nada. Un chispazo relumbra entre sus dedos. Los ojos por fin enfocan.

Piensa que la primera parte de la explicación de papá, definitivamente, incluía que debía bajar la pastilla de la luz.

El dolor baila sobre la punta de sus dedos, reptando rápidamente a la parte más escondida de sus recuerdos. Abre cajas de memorias con la leyenda CUIDADO, FRÁGIL y se congela admirándolos. Sus hermanos riendo alrededor de la fogata, mientras el frío la arrinconaba en los

brazos de mamá como un boxeador contra las cuerdas y ella la cubría, mitad con su cuerpo, mitad con el rebozo color café en el que había arropado a sus tres criaturas. Y al fondo encuentra la risa de papá, sirviendo un poco más de sidra rosada en la copa que le entregará a mamá y una vez que la deja en su mano, acariciaba su pequeño rostro, sonriendo, con el reflejo de las llamas titilando en sus oscuros ojos cafés.

Detiene una lágrima que se fuga por el extremo de sus ojos. Baja la pastilla de la luz y acaricia nuevamente la pared hasta llegar a la caja de fusibles, donde inserta, tal pieza de rompecabezas, uno de los fusibles nuevos que se habían arropado en su mano. Cierra, levanta la pastilla, entra.

Es Nochebuena, la lluvia continua afuera. No habrá brindis ni cena. No hay quien encienda la leña.

Los focos en el árbol se iluminan lentamente. Mientras las demás luces siguen dormidas, se detiene a admirar las esferas en el árbol. Desearía escuchar la voz de mamá diciendo que no toque nada. La Navidad es muy frágil: se rompe con la primera silla vacía.



# Foto de una noche invisible

Rosa Vázquez del Mercado

El paseo inició al ir a recoger a mi papá cerca del Bosque de Chapultepec, circulamos por la Avenida Reforma, justo cuando colores ocres, naranjas y grises teñían el cielo hasta tornarse en la oscuridad de la noche. Miramos por la ventana los adornos luminosos que subían y bajaban de intensidad, los faroles bañados con nieve artificial colgados de los postes. Gritábamos unos y otros. “¡Miren, ahí se ve la estrella de Belén! ¡Allá vienen bajando las estrellas con los tres Reyes Magos!”.

Mis padres planeaban el evento con anticipación, llegado el día, mamá esperaba pacientemente el atardecer para subir a sus siete hijos al “lanchón”. Así apodábamos al Oldsmobile 59, color vino que se movía como lancha a la deriva, en el que viajábamos acomodados como en un plato de flautas. El paseo consistía en circular por la iluminada avenida de la Reforma, llegar a la Alameda Central, pasar por el mercado a espaldas de Bellas Artes para comprar el pino, musgo y heno para el nacimiento, una piñata para la posada y culminar en los churros de El Moro.

Al llegar a la Alameda Central, descendimos para caminar entre la romería buscando el escenario perfecto para la foto del recuerdo. Los nueve, tomados de la mano, yo en quinta posición, caminamos en fila india entre la multitud, topándonos con camellos, caballos y elefantes de fantasía, pastores, belenes, piñatas y arbolitos con esferas iluminados de colores. Vimos uno que otro trineo con renos de largos cuernos en forma de ramas y Santa Claus panzones con mejillas rojas y largas barbas blancas de algodón.

Mi mamá eligió el espacio para la foto. Le gustó uno que tenía el elefante, el camello y el caballo que montaban los Reyes Magos para llegar a Belén. Con ayuda de los mismísimos Melchor, Gaspar y Baltasar, subimos al escenario elegido, nos acomodamos por estaturas en la banca, los más pequeños en el regazo de los grandes y los magos a nuestro lado mostrando sus brillantes capas. Esperamos la señal del fotógrafo para sonreír a la cámara al tiempo que la luz del flash nos encandilaba por unos segundos.

El dulce olor de azúcar y de galletas nos hizo detenernos para pedir a papá que nos comprara golosinas. Cucuruchos de galletitas recién salidas del comal y cuatro palitos de algodón rosa de azúcar compartimos entre todos.

Siguiendo las instrucciones de mi madre, nos tomamos de la mano y avanzamos como una serpiente entre la multitud. Se escuchaba música, risas y gritos. A través de los altavoces colocados en lo alto de los postes del parque, se invitó al pueblo guadalupano al desfile en la explanada principal. Papá y mamá se estresaron con el ajetreo, nos contuvieron alrededor de un árbol mientras pasaba la gente hacia la explanada. Se escuchó música a todo volumen y exclamaciones de admiración por las luces de los fuegos artificiales que explotaron en el cielo.

Yo moría de ganas de ver lo que estaba sucediendo, la curiosidad me hizo brincar, pero no alcancé a ver nada. Vi una rama fácil de trepar y no lo pensé dos veces, salté, subí hasta alcanzar a ver el espectáculo. Me acomodé en la rama hipnotizada por la música y las luces, emocionada al ver bailar y cantar a enormes muñecas, osos de peluche y soldaditos muy derechitos con su tambor. También salió un trenecito lleno de regalos que giraba sonando campanas mientras caía nieve sobre su pista. Canté desde el árbol con ellos "Campana sobre campana y sobre campana una". Aplaudí contagiada por la alegría de la gente. Cuando terminó la música, miré hacia abajo y ya no estaba mi familia junto al árbol. Traté de divisarlos entre ese mar de gente, pero solo vi globeros con enormes racimos, señores cargando palillos de esponjado algodón rosa de azúcar, muchas luces y disfraces. Grité desde la altura con

mucho miedo: ¡papá!, ¡mamá! Entré en pánico, sentí que la panza se me subió hasta el corazón. Alcancé a ver que a un lado de la explanada había una mesa con bocinas. Una señora con un gafete colgado al cuello y un megáfono en la mano animaba al público a bailar en el centro de la pista junto al enorme árbol navideño.

Bajé del árbol temblando, me encontré con un camino a la derecha y otro a la izquierda, no supe cuál me llevaría hacia la señora del megáfono. Canté en silencio dirigiendo mi dedo índice: “De tin marín, de don pingüé...”. Tomé el camino ganador entre codazos y empujones hasta llegar a la señora, me paré frente a ella y sollozando solo atiné a decir:

—Estoy perdida.

Entre la música y el bullicio, después de responder a sus preguntas, entre uno y otro sollozo, se escuchó el anuncio:

—Atención, aquí tenemos a una niña extraviada. Viste falda a cuadros y suéter azul. Dice tener siete años y llamarse Vicenta. Su padre se llama Atanasio y su madre Juana. Y luego, mirándome a mí, me indicó:

—Siéntate aquí, ojalá aparezcan tus padres.

Como niña abandonada me senté en la silla, me apretaba las manos, no podía dejar de llorar, no me gustó que la señora dijera “ojalá aparezcan” esa posibilidad me aterraba. Finalmente, vi llegar a mi mamá con la cara descompuesta. Se acercó corriendo, me regañó, me metió un buen pellizco en el brazo al mismo tiempo que me abrazó.

—¡Te dije que no te separaras! —Me reprochó— ¿Por qué siempre desobedeces?

No se dio cuenta de que yo estaba pálida y más asustada que ella. Mi papá me miró apenado, me tomó de la mano y me paró junto a mis hermanos, unos asustados y otros cansados. La señora del megáfono me cuestionó:

—¿Son tus papás?

—¿Qué no ve que la niña me está abrazando? ¡Claro que es mi hija! Mire, nos la tomaron hace rato, aquí está Vicenta en la foto familiar — Mi madre enfureció.

—Pues sea más cuidadosa con sus hijos, ¡no sabe cuántos niños se pierden y no aparecen nunca más!

Caminamos al lanchón, mi mamá me jaló para meterme al asiento de atrás, mi papá me miraba con cierta vergüenza.

—Todos tus hermanos son obedientes. Tú eres la única que no obedeces. ¡No pareces mi hija!

Subimos al lanchón, dentro del coche se escuchaban gritos y quejas. Yo seguía llorando. Mis hermanos pequeños se quejaban porque no fuimos a comprar el árbol y el nacimiento. Los más grandes porque no fuimos a comer churros con chocolate a El Moro. Mis papás discutían, mi mamá le reclamaba que la culpa había sido de él, de su estúpida idea de escondernos para darme un escarmiento por desobedecer cuando me subí al árbol.

Así concluyó aquel paseo en diciembre de 1967. Nadie más recuerda esa noche sin árbol, sin nacimiento, sin piñata y sin churros de El Moro. Aunque han pasado varios años, yo aún evoco esa noche como la traición interna, el momento en que fui señalada como “la oveja negra”. Fue una noche invisible a ojos de los demás. Conservo esa foto, a pesar de que ese recuerdo sigue quebrándome el alma.

# Historia de Navidad

Fabiola Morales Gasca

Odio la Navidad, me parece una temporada espantosa donde el dinero se gasta a manos llenas sin sentido alguno, tiempo de compras innecesarias, ropa espantosa con colores de duende y donde nos engañamos dando el amor que deberíamos darnos durante el resto año. Ante la pregunta de los compañeros, ¿A ti qué te gusta de la Navidad? Obvio que tengo que fingir siempre. Nadie quiere ser identificado como el famoso personaje cascarrabias y quejumbroso inventado por el Doctor Seuss.

—¿A ti qué te gusta de la Navidad?—Me vuelve a repetir insistente Nora ante mi letal silencio.

— Yo amo la cena, los regalos, el arbolito de navidad con sus alegres adornos navideños y por supuesto las vacaciones— dice uno de mis compañeros con una “alegría contagiosa”.

Y si lo menciono entre comillas es porque por más que busco las razones precisas para entusiasarme, no lo logro. Qué felicidad es poder escabullirme de mi salón y lanzarme a las calles lejos de su detestable espíritu navideño. Anhele desaparecer o ser invisible como un fantasma caminando entre ellos. Deseo atravesar paredes y no hablar con nadie.

—Ese Camilo, eres un pendejo. Vale nada que estés en el cuadro de honor, lo buey no se te quita— Me grita uno de mis compañeros cuando me ve salir de la escuela. Pienso que el pendejo es él mientras camino aprisa rumbo a la salida.

—¡Déjalo! ¿No ves que es un puto? —Acelero el paso, no quiero problemas.

Tal vez si no fuera tan flaco le partía toda su madre, tía y hasta abuela. Siento una rabia infinita. Alcanzo a ver a Nora agitando su mano y sonriéndome. Lamento mucho no despedirme. Quiero evitar problemas, no quiero hacer el ridículo frente a ella. Ya tendré tiempo de escribirle un mensaje.

—¡Mariquita, Mariquita! —Es lo único que escucho en coro hasta desaparecer de la calle.

En el autobús me replanteo la pregunta: ¿Qué me gusta de la Navidad? Pienso en el brillo de las luces de bengala, en su hermoso chispoteo de fuego. Pienso en los colores de las piñatas, en los dulces dentro de sus entrañas, en los aguinaldos atiborrados de cacahuates. Cierro los ojos para susurrar el antiguo canto de las posadas navideñas. Me agrada mucho el latín *Pater de cælis, Deus, miserere nobis./Fili, Redemptor mundi./ Sancta María. Ora pro nobis./ Mater Christi./Mater Ecclésiæ./ Mater Misericordiae./ Mater divínæ grátiaæ./Mater puríssima./ Mater castíssima. Ora pro nobis. Ora pro nobis* ¿Quién caramba sabe latín en estos días? Sólo los ancianos que cantan mientras las lenguas extensas de las veladoras al pedir posada les iluminan sus rostros esperanzados. Sé que en la escuela y en mi casa me ven como el bicho raro porque me niego a hablar mucho. Yo sólo hablo lo preciso. Me niego a convivir con la gente. Si obtengo buenas calificaciones es porque no me queda de otra. Mi padre es estricto, siempre está pendiente de mis calificaciones para tener pretexto de ponerme a trabajar en la fábrica dónde él está, porque según así me enseñaré a ser hombre. No entiende que si me niego a hablar es porque no hay nada interesante que decir o escuchar, no hablo con personas que dicen que no les gusta leer, considero que los libros son el mejor refugio para los solitarios como yo. Aunque tengo pocos en casa, me gusta sacarlos de la pequeña biblioteca escolar, así es como he leído algunas cosas interesantes. Esteban dice que jamás me voy a coger una chava si me la paso hablando de libros, que esas son cosas de puto, pero supongo que eso no es importante. Ni tan importante como la Navidad que celebramos cada año en casa.

Madre siempre quiso tener hijas, pero no pudo. Sólo tuvo al inútil de mi hermano y a mí. Esteban no apoya en nada, es una réplica pequeña de mi padre, un exigente en todo, siempre tomando cervezas y rascándose la panza. Aunque la verdad es que yo no quiero saber nada de cosas de mujeres, soy el que paso más tiempo con ella y como quiero mucho a mamá la apoyo lo más que puedo. *¡Camilo acompáñame al mercado! Veme a traer Cilantro. Compra la tortilla. Ayúdame a subir el garrafón. Por favor compra papel aluminio. Carga el gas. ¡Vigila que no se queme la sopa!...* Son las conversaciones entre mi madre y yo. Ella apenas si me escucha cuando le hablo de la escuela, la pobre ni siquiera terminó la secundaria porque se jodió el asunto cuando conoció a mi padre y la embarazó. Siento mucha pena por ella. Cuando me llega a preguntar que cómo voy o cómo me siento, prefiero evadir la respuesta. No vale la pena angustiarse ante mi falta de amigos.

Decir diciembre no significa nada, sólo es permanecer en casa aburrido, ayudando a madre. Enojado porque Esteban no hace nada y se la pasa molestándome. “¡Maricón! Le voy a decir a papá que te lleve con una mujer para que te enseñe a ser hombre. Te hace falta conocer un burdel”. Maricón es su palabra favorita para describirme y fastidiar, como si necesitara ser hombre para entender que mamá está agotada. Cuando son vacaciones tengo mucho que hacer doméstico, no como él que nada más se la pasa viendo porno y jalándosela frente a la computadora. Mi padre exige a madre que guise para un ejército. Ajá, el ejército de gorriones de tíos, primos, hasta sus esposas y novias incapaces de apoyar. Para mí la cena significa vueltas con madre al mercado, montones de gente que compra en los puestos como si fuese el fin del mundo y cargar bolsas y bolsas en la incomodidad del transporte público hasta llegar a casa. Luego allá todo es una chinga porque ni hermano ni padre ayudan. Yo veo tan cansada a madre que busco complacerla en todo. Navidad siempre pone las cosas peores, siempre peores conforme pasan los años ¡Cómo quisiera que ardiera el mundo en estos días!

¡Camilo ayuda! Grita papá como loco. Pelar papas, hervir la fruta, cocer el pavo, hace ensaladas, freír chiles es insoportable. Me alegra no ser mujer, seguramente ya hubiera enloquecido, con razón a mi padre le gusta hacerse el tonto en el baño mientras cae la noche y empieza a llegar su familia mientras madre hace todo. Él nunca prepara algo, es incapaz de levantar su propio plato, lo odio. Cuando los tíos llegan a dar el abrazo, padre se esponja como guajolote mientras su orgullo se engrandece invitando a cada uno a sentarse a la mesa. Como si no supiéramos que sólo llegan a gorrear la cena. Cuando todo está servido y están sentados, observamos la televisión y la celebración en distintos lugares del mundo. Me gusta imaginar que celebro feliz con luces de bengala y villancicos en un algún lugar remoto con Nora, claro, yo nunca obligaría a ella a servirme. Nunca sería tan vil como lo es mi padre con madre.

Con mi padre siempre hay que esperar lo inesperado. Es tan voluble y frágil en su ego "Adriana, sirve más refresco", "Tú, Camilo, trae hielo", "Órale, maricón, apúrate, ayuda a tu madre". Siempre escuchando sus quejas "¿Qué hice para merecer un hijo amanerado? Eso pasa cuando las madres consienten mucho a sus hijos ¡Ahí están las consecuencias Adriana! Eso pasa por tenerlo pegado a tus faldas"... Y entre quejas y burlas me toca siempre acarrear no sólo desde la cocina al comedor, la comida para atiborrar a su fastidiosa familia, sino además llevarme las bromas pesadas de tíos y primos. Yo soy siempre su botana. Cada navidad es igual. Este año no pinta nada diferente, todos beben y comen hasta el cansancio. Una a una las botellas de alcohol se acaban. Mis tíos y mi padre se enfurecen por nada, se pelean por cosas del pasado, por su amarga infancia, por la casa de la abuela, por una herencia inexistente y malgastada. Se gritan, se maldicen, se rompen no sólo las cosas que se hallan a su paso, sino la poca moral y ánimo existente. Madre y yo guardamos silencio, los dejamos hablar como los locos que son, ella siempre dice que "a chillidos de marrano, oídos de carnicero, o lo que es lo mismo a boca de borracho, oídos de cantinero" y se la aplicamos bien, deprimidos nos volvemos sombra en la pared y desaparecemos



aunque los platos y vasos sucios esperen agotados sobre el mantel navideño que con tanta ilusión se puso horas atrás.

Estoy cansado de tanta pendejada, de que siempre terminemos encerrados en nuestra habitación con el espíritu tan vacío después de haber trabajado tanto. Estoy cansado de que no tengamos una noche tranquila comiendo, aunque sea algo sencillo y sin presión alguna. Estoy harto de que me griten que soy un marica, que Esteban desaparezca para largarse con alguna de sus novias para demostrar su hombría y nos deje a nosotros el paquete de cuidar a la familia de mi padre. Me niego a ser responsable de ellos. Estoy exhausto de limpiar, de ver a mi madre llorar en silencio, despreciada y arrinconada en su propia casa. Estoy harto ¡No puedo más! Cierro todas las ventanas, aunque la casa huele a vómito de borrachos, a odio recalcitrante. Decidido, voy a la cocina, abro las parrillas de la estufa en su máxima potencia y espero un prudente tiempo. ¡Al carajo todo! Quiero una blanca navidad. Enciendo las luces de bengala mientras me repito una y otra vez *¿A ti qué te gusta de la Navidad?*

## **Comité FENALEM:**

Camelia Rosío Moreno Granados

Guadalupe Vera

Maru San Martín

Perla Santos

Elsa D´Solórzano

Fanny Morán

Alejandra R. Montelongo

Marisol Vera Guerra

**FENALEM**  
**2024**